

Rafael Núñez, poeta, o del existencialismo agustiniano a la beatitud de Cristo

Escribe: LUCIO PABON NUÑEZ

PARTE PRIMERA

CIRCUNSTANCIA Y CARACTERES

1 — SINTESIS BIOGRAFICA

El 28 de septiembre de 1825 (1) nació en Cartagena Rafael Núñez. Su padre y su abuelo materno fueron militares. Se graduó en derecho en su ciudad natal. Desde muy temprano ejerció el periodismo, profesión a la que estuvo vinculado hasta el final de sus días; lo mismo puede anotarse de sus dones poéticos. A los 24 años fue secretario de Gobierno en Cartagena. En 1853 llegó a Bogotá, como representante a la cámara; después de darse a conocer por sus dotes políticas y culturales, fue nombrado ministro —o secretario, como entonces se decía— de Gobierno; tuvo adscrito el despacho de instrucción pública. En 1854 estuvo al frente de la gobernación de Cartagena; en 1855 asumió las funciones de ministro de Gobierno y luego de Finanzas; en 1858 fue nombrado vicegobernador de Panamá; en 1859, elegido senador por este mismo Estado; en 1861, ministro de Hacienda nuevamente; en febrero de 1863, entró a la Asamblea constituyente de Rionegro, donde actuó poco tiempo; en este mismo año viajó a los Estados Unidos, donde —según algunos biógrafos— permaneció casi dos años, dedicado al periodismo y a completar su formación; en 1865 se fue como cónsul a El Havre; aquí vivió (los datos de sus biógrafos son contradictorios sobre el período) hasta 1870, cuando con el mismo cargo pasó a Liverpool. En noviembre de 1874 regresó a la patria, con el propósito de intervenir de lleno en la política. En Europa estudió mucho, escribió intensamente y editó su primer libro: *Ensayos de crítica social* (Ruan, 1874), en el que recogió algunos de sus informes al gobierno colombiano y sus colaboraciones en periódicos de España y América.

En 1875, como candidato a la presidencia de la república, empieza su colosal y durísima empresa para transformar las instituciones políti-

cas de Colombia, conocida con el nombre de "Regeneración"; es derrotada su candidatura. Antes de entrar en la liza, es presidente del Estado de Bolívar, senador y ministro de Hacienda por tercera vez. En 1879 vuelve a presentarse como candidato a la primera magistratura del país y obtiene el triunfo; gobierna de 1880 a 1882. En 1883 lanza de nuevo su candidatura y alcanza otra victoria; se posesiona de la presidencia en agosto de 1884, unos meses después de la fecha que en aquella época regía para el caso. En 1885 afronta una guerra civil, desatada por el radicalismo; vencen sus partidarios; decreta, en uno de los más trascendentes episodios de la historia patria, la extinción de la funesta Constitución federalista de 1863; convoca a una Constituyente, la cual, bajo su inspiración, expide en agosto de 1886 la Constitución que, con algunas reformas no sustanciales, todavía rige los destinos de Colombia. En tal fecha, ahora para un período de seis años, es designado por tercera vez presidente, cargo que ejerce por cortos trechos, pues deja primero al vicepresidente Payán, y luego al designado Carlos Holguín, el desempeño del puesto. En 1892 es reelegido para la misma magistratura, que no entra a desempeñar, permitiendo al vicepresidente Miguel Antonio Caro servirla.

El 18 de septiembre de 1894 murió en Cartagena, en donde residió durante el tiempo en que voluntariamente estuvo retirado de la presidencia y desde donde, por la prensa y por telegramas y cartas, dirigió con gran altura el desarrollo del nuevo Estado.

De Núñez, como de César, podría decirse que desde su juventud se propuso llegar a la suprema comandancia del Estado, pero de un Estado modelado por él; y, con calculados pasos de estudio, experiencia y sagacidad, a veces con imponente valor no solo moral sino físico también, llegó a la cumbre de su ensueño. La agotadora y ardorosa actividad desplegada para ello, no le impidió leer, meditar y escribir, leer tratadistas de economía, filosofía, sociología y arte, y autores de obras estrictamente literarias, clásicos y modernos; y escribir sobre esas mismas materias, y dar curso a la inspiración poética. Solo la muerte pudo apagar las llamas de su acción y su pensamiento, encendidas en su más temprana edad.

Sobre su fisonomía, oigamos a Indalecio Liévano Aguirre en *Rafael Núñez*: "De estatura más bien alta, delgado, manos largas y huesosas, que siguen con ademanes un tanto nerviosos las ideas de su conversación; de frente espaciosa y límpida que parece contener a duras penas la masa cerebral, y que descansa en su base sobre un par de cejas bien pobladas cuyas sombras oscurecen sus ojos de mirada triste; en la parte media del rostro, sus pómulos salientes, su nariz aguileña, sus mejillas hundidas y en general sus líneas fuertes y algo duras, matizan su gesto con un tono de sombría resolución; y la sonrisa de sus labios, irónica, hostil, habla de la soledad de ese hombre hurraño entre sus semejantes, aunque siempre correcto y hasta obsequioso".

2 — NUÑEZ ¿POETA?

A primera vista, parece absurdo preguntar ahora si Núñez fue poeta. Pero resulta que se le ha negado tal calidad: por Sanín Cano, en plena juventud de este (1888); y al cumplirse el primer centenario del naci-

miento del prócer, por un seudocrítico, cuyo seudónimo de Garci-Ordóñez de Barbarán no sé si ha sido descifrado (2). En el primer caso salió a la defensa de Núñez, el muy autorizado humanista Miguel Antonio Caro, quien consideraba a su defendido como “el poeta más espiritualista de Colombia” (3); y en el segundo, el famoso bardo y periodista Ismael Enrique Arciniegas. Y, de cuando en cuando, brota por allí una sonrisilla de desdén cuando se habla del vate de Cartagena. Hace poco un amigo me apuntaba, para apoyar su incredulidad en el numen de mi personaje, que Menéndez y Pelayo no lo había incluido en su *Antología de poetas hispanoamericanos* y que Rafael Maya en *Consideraciones críticas sobre la literatura colombiana* lo presenta solo como prosista. Le respondí que el maestro santanderino preparó una “antología” y estuvo por ello acuciado por la limitación del número de escogidos; tampoco incluyó a Rafael Pombo, ni a Silva, aunque este no se había dado a conocer, por su juventud, tanto como el primero, cuando hizo su selección Menéndez y Pelayo; y sin embargo, nadie puede dudar de la altísima categoría de los dos. Por otra parte, de don Marcelino es la siguiente apreciación sobre Núñez (4): “Las poesías, a pesar de cierta dureza de versificación que acaso contribuye a darles originalidad y especial carácter, están llenas de pensamientos profundísimos, y escritas con austera y viril energía, como cumple al elevado y generoso espíritu de su autor”. Gómez Restrepo (5) nos cuenta que “En alguna ocasión nos dijo el señor Menéndez y Pelayo que Núñez parecía un gran poeta inglés que escribiera en castellano”. En cuanto a lo de Maya, hay que tener en cuenta que las *Consideraciones* son unos admirables *apuntes*, y no una historia completa de nuestra literatura; y por ello tuvo que prescindir de muchos nombres y en algunos casos limitarse a tratar apenas de una de las varias facetas de sus modelos.

Forzoso es mirar la otra cara de la medalla. Además de los testimonios favorables ya citados, se pueden traer entre muchos estos otros: el de Antonio Rubió y Lluch (6), a quien seducían el vigor, la novedad y la precisión del pensamiento del poeta cartagenero; el de Juan Valera (7), que se expresó, en estos términos, de algunas poesías: “...originalísimas por su fondo filosófico y por su forma concisa, enérgica y sentenciosa. La primera *Que sais-je?*, que es la más encomiada y que merece serlo...”. Por último, agrego que Darío lo llamó “célebre publicista y poeta” (8); que Asunción Silva encontró la poesía de Núñez “honda y grave, música de órgano más bien que serenata de mandolinas, himno llano que resuena en una catedral gótica poblada de sombras, más bien que endecha de trovador al pie de un castillo” (9); que Gómez Restrepo dedica un amplio capítulo, en que abundan los párrafos de admiración, de su *Historia de la literatura colombiana* al estudio del lírico; y que Marco Fidel Suárez (10), que sabía valorar la producción literaria, escribió: “El vigor y facilidad de algunas de sus estrofas, piras encendidas de pasión, hacen que floten en el sentimiento popular y que se repitan con el deleite que sobrecoge al hombre cuando se encuentra con la forma viva y hablada de sus afectos más amados y profundos. Por eso el *Todavía* ha de vivir mientras se entienda nuestro idioma”.

No es Núñez el único caso en estos campos de la negación. A fray Luis de León en algún tiempo se lo tuvo como simple imitador y como

mal versificador; Góngora ha contado tiempos de exaltación y tiempos de olvido. Esto, por cuestiones de modas literarias. En el juicio peyorativo sobre el colombiano generalmente ha influido el encono político. Miguel Antonio Caro (11) observaba que cuando se lanzó por primera vez la candidatura presidencial de Núñez, sus enemigos lo sindicaban de mal político, porque era poeta; y que años después, cuando había llegado él a la cima del poderío político, dando muestras de una asombrosa capacidad en la materia, esos mismos adversarios le negaban el calificativo de poeta. Así suele ser de contradictoria la naturaleza humana, cuando se deja abatir por la pasión.

Pero se puede prescindir del argumento de autoridad e ir directamente al cantor. Oigámoslo:

*Quiero abrirte mi pecho cual si fuera
un libro, y que al leer
lo mucho de que de ti mi vida espera,
comprendas ¡ay! que dejo en estas páginas
aun más que una canción: ¡todo mi ser!*

*¡Quién pudiera traerte una vez sola
aquí, a mi pecho, a encadenar la ola
de este que encierra turbulento mar!
¡Quién pudiera borrar lo que ha pasado!...
Tu hado funesto y mi funesto hado,
¡quién pudiera un instante revocar!*

*Al fin y a tu umbral llego, sublime Tequendama,
templo que entre el abismo y el cielo puso Dios;
torrente para el vulgo; para el que siente, llama;
para el que escucha, voz.*

*Al fondo del océano,
en ostra oscura aljófares florecen,
que brillan luego en imperial diadema,
y del coral la congelada planta
pide calor a olímpica garganta.*

*Cuando de este profundo vacío
en que yazgo pretendo salir,
te llamo, te busco,
sollozo, sonrío...
¿Por qué tardas tanto,
mujer, en venir?*

*Como abarcan tus ojos lo infinito
del firmamento azul,
en mí reflejan mundos de ilusiones
con infinita luz.*

Si nos trasladamos a la época en que estas estrofas se escribieron, y nuestro corazón no ha muerto, por más avanzada que sea nuestra estética, tendremos que vibrar ante versos semejantes. Y eso que la plenitud del arrebató exige no unas estrofas, sino los poemas completos.

Núñez poseía esa fuerza natural que eleva al hombre a las sidéreas regiones de la belleza, de la cual los mensajes son luego transmitidos al mundo en versos, fuerza llamada inspiración o numen.

Esta inspiración impulsa a todo creador, como lo siente Núñez: a Moisés y a Bolívar (12); al artista, que convierte en permanente la emoción de su pecho, en virtud de "algo infinito" (13), "algo eterno" que lo lleva a descubrir "el enlace de la forma con su esencia" (14); a todos, porque en el fondo se unen "numen, genio, presciencia, profecía, intuición, arrobamiento, delirios de exaltado misticismo" (15). De una manera más clara, en *Moisés* (16) y en *Ideales* (17) afirma que el numen que nos mueve es una fuerza celeste, que en toda creación hay irradiaciones de la luz divina, con lo que viene a coincidir con aquello que en *Los nombres de Cristo* dice fray Luis: "...poesía no es sino una comunicación del aliento celestial y divino" (18). Y como la lógica es inexorable, el español (19) y el colombiano (20) vuelven a coincidir cuando el primero sostiene que el espíritu de Dios hacía cantar a los profetas: "les metrificaba en la boca las palabras, con número y consonancia debida"; y el segundo se expresa así:

*Los bíblicos profetas
de trágicos acentos
fueron también artistas superiores.
a quienes dio el dolor presentimientos;
formidables poetas,
que al sentir de Jehová los resplandores,
rompieron ligaduras de la tierra,
la libertad del alma recobraron,
y en el santuario que el misterio encierra,
vieron la luz y en ella se abrasaron.*

Por su personal experiencia, Núñez confiesa que "el numen tiene en sus convulsas horas telescopios que aclaran lo invisible" (21).

Sobre estas verdades, desarrolla una teoría acerca del proceso de la creación estética: la inspiración (ojos del alma) prolonga su videncia con la meditación, si esta se "empapa con la luz del sentimiento" (22). He aquí cómo hace confluír en el espíritu todas las potencias forjadoras del arte: numen, inteligencia (que es idea y fantasía), corazón. De tal enlace surge la obra inmortal.

Claro que a veces la inspiración tiene tal vigor, que arrastra tras de sí las otras potencias, sin anularlas completamente, pero sí aminorándoles el influjo. Primero que Menéndez y Pelayo y Menéndez Pidal, Núñez vio (23) que fue la inspiración la que, contra el propósito de Cervantes, hizo del *Quijote* una sublimación de la caballería andante, en vez de una burla. Este fenómeno explica lo que pudiéramos llamar la inconsciencia del genio. En uno de sus pocos ensayos de crítica literaria, muy erudito y hermoso, a fe,

al examinar el fondo de la obra del poeta inglés Mateo Arnold, y al referirse a las diversas interpretaciones de lo que significa Hamlet, escribe Núñez (24): "Tal vez el mismo Shakespeare, si pudiera hablar, tampoco descifraría el enigma!".

3 — EDICIONES DE SUS OBRAS

Antes de seguir, es bueno indicar qué ediciones he tenido en cuenta para este trabajo. Núñez publicó sus poemas en periódicos y revistas; otros los dejó en álbumes de amigos; no pensó en recogerlos en un volumen. Los versos tuvieron gran circulación no solo en Colombia, en donde los jóvenes universitarios hicieron campañas en favor de la candidatura presidencial del poeta, recitando las estrofas de él; sino también fuera del país, como lo anota Rafael Merchán, en la "Dedicatoria" de la edición que hizo en 1885 de *Poesías de Rafael Núñez* (Bogotá, Imprenta La Luz). Dice el benemérito crítico y periodista cubano que en su patria se conocían los ritmos del cartagenero, dados a conocer por Joaquín Pablo Posada, "hace un cuarto de siglo, o tal vez más". Esta de Merchán es la primera colección de los versos de Núñez. La empezó a formar "cerca de diez años" antes. No pudo reunir todas las poesías producidas, ni logró autorización del autor "para dar al público un volumen" que las contuviera. Su esfuerzo se redujo a recoger las que encontró publicadas, y a sacar solamente doce ejemplares destinados a la familia de Núñez y a los amigos más íntimos de este. Ofrendó su esfuerzo al poeta el 28 de septiembre, con motivo del cumpleaños.

Núñez, acuciado por sus férvidos admiradores —en la plenitud de su vida, según dijo José María Samper (25), era considerado como un "semidios" y no contento con la inclusión de algunos poemas en la antología de Merchán, autorizó a Daniel J. Reyes para que hiciera una edición "definitiva y única auténtica" en Europa. La realizó en París, en 1889, la Librería de Hachette, bajo el cuidado de Reyes, quien le puso un prólogo apreciable. Conviene oír a este en el siguiente pasaje: "Se suprimen aquí más de veinte composiciones de la colección dada a luz por el señor Merchán, y en cambio se agregan algunas posteriormente publicadas. El autor habría querido incluir en esta edición solo unas pocas poesías de las más recientes, rechazando "sin misericordia" —son sus palabras— todas las demás. Si figura mayor número del indicado por él, es por una especie de abuso de confianza cometido por nosotros; pues no creyendo del todo aceptables sus razones y excusas, resolvimos desatenderlas parcialmente" (26). Entre los poemas suprimidos, por exigencias de Núñez, están *Al pie del sepulcro*, de vehemencia amorosa semejante al famosísimo *Todavía*; algunas fábulas, como el hermoso apólogo *La dicha*; el *Bolívar providencial*, en versos heptasílabos, asonantados, con algunas felices expresiones, pero en su conjunto, muy regular; y el *Himno patriótico*, convertido en el nacional de Colombia (27), estrofas en que hay algunas fallas formales, pero en las que, contra lo que ciertos criticones opinan, vibra con depurada e inmortal emoción, con fulgurante nobleza, digna intérprete de espíritu de nuestra patria, un corazón viril al diapasón de gloriosos sentimientos y de ideas realmente sublimes.

En noviembre de 1894, a pocos días del fallecimiento de Núñez, la Biblioteca Popular, de la Librería Nueva, empresa merecedora de gratitud y admiración, publicó el tomo VIII, con una antología poética del cartagenero y dos ensayos de crítica literaria por el mismo. Con excepción de *Prometeo*, fechado en 1893, los demás poemas recogidos (diecisiete) figuran en el volumen de París.

La Librería Americana (Imprenta La Luz) dio a conocer en 1914 (Bogotá) *Poesías de Rafael Núñez* ("Segunda edición que contiene todas las poesías inéditas"). Con el título de *Cuatro palabras* trae un muy útil anteproyecto, luego el prólogo de Reyes y en seguida los poemas.

Esta publicación incluye todo el material del libro de París, la casi totalidad del de Merchán y las producciones posteriores a la impresión francesa, "las más de ellas publicadas en hojas periódicas del extranjero". De la exclusión impuesta por Núñez en el florilegio parisiense, se respeta ahora lo atinente a las fábulas, algunas traducciones y a ciertos versos ocasionales (*En un álbum*: "Aquí detrás — el último, señora!"; *A la señorita María Jesús Arias*). En cambio, se reproducen *Himno patriótico*, *Bolívar providencial* y *Al pie de un sepulcro*. Los poemas inéditos suben a 24. Una postrera observación: en esta colectánea le suprimen —sin dar explicación alguna— las nueve primeras estrofas a *Eros*, dadas en los tomos de Merchán y de Reyes.

Como ya se apostilló, en Europa Núñez publicó el libro en prosa *Ensayos de crítica social*; en 1885, 1886, 1887 y 1888 Rafael Merchán recogió en *La reforma política en Colombia* (Bogotá, Imprenta La Luz), 1268 págs., un crecido número de artículos periodísticos y algunos pocos discursos de Núñez, casi todos dedicados a comentar los pasos de su grandiosa empresa de transformación institucional. La producción posterior a aquellas fechas hasta la muerte del Regenerador fue agregada —parece que sin la debida depuración— al trabajo de Merchán, en la edición hecha por el Ministerio de Educación (Bogotá), de 1946 a 1950. El autor comenta los temas más diversos en tales páginas. Su información era amplísima. Se asombra uno de que un hombre tan asediado de problemas políticos tuviera tiempo para gustar a Balzac, Ibsen, Sainte-Beuve, Taine, Bourget, Baudelaire, Menéndez y Pelayo, Tolstoi, Dostoievsky y otros escritores, varios de los cuales apenas empezaban por aquellos días a ser conocidos en América. Del prosista, ha escrito Rafael Maya: "La relación entre don Rafael Núñez y su estilo es aquí matemática. Prosa enteramente medular, sin elasticidad ni gracia, pero firme, densa, y en ocasiones áspera, con aspereza que agrada, pues no resulta de torpeza en el manejo de la expresión, sino de hallarse tan apretado el pensamiento que la frase resulta literalmente nudosa". Con todo, hay buen número de capítulos, como los dedicados a la poesía de Mateo Arnold o a la crítica de Paul Bourget, en que esa "aspereza" se torna delicadeza y esbeltez, sin mengua del vigor ideológico.

4 — TESTIMONIO Y FALLAS DE LAS "OBRAS COMPLETAS"

Ya se ha discutido el tópico: ¿deben publicarse las "Obras completas" de un autor? ¿No es lo más indicado una selección de buenas piezas? La

respuesta depende del fin que se contemple: si lo que deseamos es un testimonio pleno sobre la personalidad del escritor, hay que ir a toda su producción, aun a la de circunstancias, a la de más saliente imperfección. Para el biógrafo, este elemento es precioso e indispensable. Si lo que se persigue es el efecto simplemente artístico, no el hervor vital, pues hay que estar por la antología.

Hablando de las *Meditaciones* de Lamartine, Albert Thibaudet (28) sostiene: "Reconozcamos ante todo que de las veinticuatro piezas solamente hay cuatro que constituyen todavía para nosotros, con una pureza intacta, esa nota de poesía pura, ese sonido, como escribe el mismo Lamartine en una carta íntima, puro como el arte, triste como la muerte, suave como el terciopelo". "Luego Thibaudet acepta con el calificativo de "medias" otras doce *Meditaciones*, y rechaza como "insignificantes" las demás. Cosa parecida podemos hacer con el más afiligranado y despierto parnasiano o con quienquiera que sea. Horacio, tan nimiamente cuidadoso de la forma, a ratos resulta un poco destemplado. Por último, recordemos la tan conocida sentencia de este mismo lírico: *Quandoque bonus dormitat Homerus*.

Ya he indicado que Núñez tachó para el tomo de París unos cuantos poemas. No siempre lo hizo por razones artísticas, sino principalmente por mirar a las circunstancias del momento de la edición: las de su jerarquía de supremo orientador del Estado; así no les dio, a mi parecer con injusticia, el pase a *La dicha* y *Al pie de un sepulcro*. En cambio, estuvo acertado al descartar *Bolívar providencial*, que contiene —según ya lo dije— felices expresiones, sobre todo de tipo descriptivo; pero que no corresponde ni a la grandeza del héroe, ni al amor del cantor por él. Al final del poema Núñez se da cuenta de que ha fallado:

*Mi canto es una sílaba
de admiración apenas;
tu vida es una Iliada
que pide trompa homérica.*

Así, pues, en la cosecha poética del hijo de Cartagena no todo puede merecer nuestra alabanza, aunque todo nos sirve para mejor comprender su señera y grandiosa personalidad. Si se fuera a hacer una antología, habría que prescindir de obras tan imperfectas como *Hércules*, *Presentimiento*, *Fauna*, *La langosta*, *Jehová*, *Centenario* y otras más. En estos intentos de canto, de pronto hay notas que pueden salvarse, pero que no justifican el resto; por ejemplo, en *La langosta*: "Quita su veste a robles centenarios, a las palmas marciales su cimera, / a la vid sus racimos o incensarios, / sus perlas a las pródidas espigas"... "Todo el soplo de Dios consigo lleva, / y lo que toca Dios es invencible". En *Jehová*: "sobre el ala de luz de la esperanza". En una de sus últimas producciones (del 12 de octubre de 1892), destinada a celebrar el cuarto centenario del descubrimiento de América —una de sus mayores fallas como poeta— la estrofa que empieza "Pocas veces los trópicos mostraron en su cielo de zafiro..." luce, solitaria, como un jazmín entre un cardal.

Sus fábulas tampoco son de valía, con la excepción ya antes indicada. Salvadas su solemnemente cadenciosa *Imitación del Eclesiastés* y alguna estrofa de Víctor Hugo, de sus traducciones (del francés, del alemán y alguna ligera muestra del inglés), puede afirmarse cosa igual.

5 — UNA ORIGINAL PERSONALIDAD POÉTICA

La época de la formación de Núñez es la del romanticismo; ya formado, soplan los vientos parnasianos; en sus años finales, los simbolistas franceses y los modernistas de Silva y de Darío. Como es apenas natural, los románticos influyen sobre él. También es natural, dada la esencia del cartagenero, que los parnasianos, como en el catecismo de Astete, pasen a través de él sin “romperlo ni mancharlo”; no así los simbolistas y los modernistas, con quienes tiene muy pronunciados puntos de contacto, y quienes, con Darío y Silva, le tributan merecido homenaje de comprensión artística.

Núñez, como puede verse en sus bellos y hondos conceptos sobre la poesía de Mateo Arnold, conoció a Hugo, Byron, Lamartine, Zorrilla y otros líderes del romanticismo europeo, en sus diversas manifestaciones. Varias veces se ha hablado del influjo de ellos en nuestro cantor.

Sin duda que el oceánico Hugo lo deslumbró. En las disgresiones, en el ansia de indagar y hasta en la variedad de metros en una misma composición, el colombiano se aproxima al francés; y en algo más: por ejemplo, el primero, en *Lo invisible* nos enseña: “Porque alas todo en sus entrañas lleva, / y el insecto es al cabo querubín”. Lo que parece una repercusión de Hugo, en *Les Contemplations*: “Ne sens-tu pas en toi come une / aile captive? / Sous ton crâne, caveau muré, ne sens-tu pas / come un ange enfermé qui anglot tout bas?”. Claro que se dan casos —como el que subraya el mismo Núñez, al referirse a coincidencias y no imitaciones de su pensamiento con el de Emerson (29)— en que hay que desechar el intento, consciente o inconsciente, de imitación; pero en este que se acaba de observar, sí es indudable que Núñez se inspira en Hugo. Tanto admiraba a este, que lo llamó “grandioso” en su ensayo sobre la poesía de Mateo Arnold (30).

En su juventud, Núñez se entusiasmó con las estrofas de Zorrilla, muchas de las cuales podía recitar de memoria en la vejez; sin embargo, en su poesía no hay huellas de la fantasía y la musicalidad del español; quizás los enlace, apenas formalmente, la tendencia a preguntar, que en Zorrilla es apenas un recurso poético y en el otro una vía filosófica.

Nuestro compatriota ha sido comparado por diversos críticos con Lamartine, Byron, José Eusebio Caro, Núñez de Arce y Leopardi. Con el primero podría parearse en la expresión de sus dudas; pero debe observarse que el francés, siendo generalmente más artista y más sereno que el colombiano, pasa a veces de la duda a la negación, trecho que no recorre el otro jamás. Las ardientes luchas políticas también emparentan un poco a los dos. Al inglés lo aproxima el ardor de su alma enamorada, traspasado a unos pocos poemas (30a); pero las diferencias sobreabundan: Byron era un volcán siempre en erupción, un frenético, un anárquico; y

Núñez sabe dominar sus pasiones, ama el orden y exalta la autoridad. La inquisición metafísica hermana a Caro y a Núñez; mas es necesario agregar que aquel no duda tan intensamente como el segundo y además supera a este en el desbordamiento sentimental. Nuestro Núñez, según su confesión (31), se conmovía “hondamente” ante las estrofas de Núñez de Arce. Aunque no es la duda de Rafael la misma cantada por Gaspar en *La visión de fray Martín*, con todo los asemejan en ocasiones ciertos sacudimientos espirituales producidos por esa duda. Claro que la sonoridad de los metros y el rigor con que restalla la sátira el español, lo apartan bastante del colombiano. Este tiene con Leopardi muy exigua similitud; tal vez en el afán de inquirir, cuando está en pleno vuelo lírico. Divergen sustancialmente. No me explico cómo Martín García Mérou (32) pudo llamar a Núñez “hermano gemelo del genio de Leopardi, modificado por Darwin y Herbert Spencer”. Leopardi, con arte más depurado que el de Núñez, fue un poeta pesimista, tremenda y oscuramente pesimista, para quien todo es vano, fuera del dolor, y a quien no alumbran los soles de la inmortalidad; y todo esto es diametralmente contrario al pensamiento de nuestro compatriota.

Rafael Núñez es de difícil clasificación como poeta. El apasionamiento, el ímpetu de libertad, cierta predilección por la soledad y sobre todo la afirmación de su individualidad, son caracteres que permiten situarlo dentro del romanticismo. Ya Gómez Restrepo (33) observó que con los años el cantor no languideció y, al contrario, buscó en la madurez “nuevas formas poéticas, como las que ostentó en *Sideral*, pieza musical, sinfónica, que anuncia la variedad rítmica de la poesía contemporánea”. Lo que le da una categoría especial dentro de las corrientes románticas es su genio filosófico. A propósito de su matrimonio civil con doña Soledad Román, escribió esta verdad: “Soy filósofo hasta la medula y obro siempre de acuerdo con lo que pienso” (34). En todo lance o episodio, aún en los de las fulguraciones pasionales, consagra aunque sea unos segundos a la meditación. Por ejemplo, cuando dedica su lira, a fuero de romántico y de discípulo de Hugo, a una ramera; de pronto entra a investigar el por qué falla la voluntad y a proclamar la flaqueza de la razón y las excelsitudes de la fe; y cuando contempla por primera vez al Tequendama, siente que, ante el maravilloso espectáculo, al emocionarse el alma, también es obligada a meditar “en grandes cosas”. Tan natural manera metafísica le imprimía a todo su ser, a pesar de su sencillez, una imponente majestad, como lo atestigua Rubén Darío (35). Y sin embargo, si exceptuamos *Dulce ignorancia* —y eso que, muy poéticamente en las últimas estrofas la esperanza y la fe prevalecen sobre la duda y la razón—, Núñez no hizo poemas exclusivamente filosóficos. Su tan discutido *Que sais-je?*, tenido por algunos como el ideario rimado del escepticismo, no es más que una expresión de angustia vital, según adelante habremos de verlo más completamente.

El filósofo no mata en Núñez al poeta, porque su imaginación es formidable, casi morbosa, como lo establece Liévano Aguirre (36); y porque, ante todo y sobre todo, tiene una delicada sensibilidad. Miguel Antonio Caro dijo de nuestro lírida: “Canta, porque piensa y siente” (37). Y el mismo Núñez fue quien nos enseñó: “Belleza que no siente, es sol fugaz”

(38). Bien advirtió Menéndez y Pelayo que el sentimiento era lo perdurable en Garcilaso y en fray Luis de León. Lo mismo podemos sostener en el caso de Núñez. Ese sentimiento liberó al bardo de las arideces de la metafísica; quienes le han negado los atributos líricos, no han querido poner el oído sobre aquel estremecido y noble corazón.

El, por su experiencia personal, sabía que el genio “exhala parte de su existencia”, al entregar al mundo una creación (39). Cuando canta a su madre, quiere dejarle “todo su ser” (40) entre los ritmos. Por este profundo y ancho sentir, en sus poemas hay mucho de autobiográfico, y no solo en lo relacionado con el amor, tema que adelante explayaré, sino en todo cuanto es humano. Es curioso que Gómez Restrepo (41) —tan sabio crítico— opinara que Núñez no cultivó la poesía política, como Caro y Arboleda. Claro que no tan enalbadas como a ellos, pero sí esa apasionada diosa, a la que intensamente se consagró nuestro prócer, le arrancó varias estrofas. Su *Moisés* es un canto al conductor político, cuya grandeza se vinculó especialmente a la fundamentación de la norma jurídica en la moral. Cuando está trovando en homenaje a una jovencita, parienta suya por afinidad, y ensalza la fuerza del ideal, se acuerda de sí mismo y nos compendia así su proeza de estadista (42):

*Un hombre solo a veces se levanta,
Hércules abrasado por la idea,
hace guerra a la hidra, guerra santa,
con ella lucha, su furor quebranta;
y ante él se inclina y lo corona Astrea.*

En su citada autobiografía se refiere así Darío a nuestro poeta: “Era un pensador y un formidable hombre de acción”. Por eso execra Núñez la quietud del nirvana (43) y proclama como modelo de su vida la del Redentor:

*Mas yo ¡oh Jesús! prefiero crucifixión a nada,
tormentas que fecundan a estéril beatitud.*

A los demagogos los vilipendia en *La canción del vampiro*; las miserias de ciertos encumbrados políticos las representa en un escuadrón de águilas que interrumpen el recuerdo de sus glorias y ponen fin al vuelo desafiador del sol, para lanzarse a devorar un rebaño que descubren en la lejanía (44); en *Vida pública* pinta con tonos de vivo sarcasmo la tragedia del “hombre derribado”, que “es siempre pasto de unas u otras fieras”.

Y no ya embozadamente, sino con toda desnudez, ataca a sus adversarios en *A Cartagena cercada de bandidos*; y en varias estrofas de su poema amoroso *A Soledad R. de Núñez*, *Bajando al río Magdalena* evoca amargos episodios de nuestras guerras civiles.

Sí, Núñez está vibrando todo en sus versos, con sus violentas pasiones de pecador, con su dominadora serenidad de creyente, con sus dudas, amarguras y evidencias, con sus ideales estéticos y políticos, con sus odios y ternuras. Al paso del tiempo, es más pura la luz de su espíritu; pero

el fuego de donde emana esa luz sigue siendo el mismo de los años primaverales. Núñez siente intensamente siempre; por eso su auténtica poesía es inmortal.

6 — ALGUNOS ASPECTOS DE LA METRICA EN NUÑEZ

En él predomina el endecasílabo; también se dan otros versos, como el hexasílabo y el heptasílabo; en mínima cantidad, el octosílabo, de tanta esencia castellana. Con los años va buscando otros metros: de quince *Eros, Selección*; de dieciocho unas veces combinando heptasílabos con endecasílabos *Vida pública, Centenario*, otras tratando de conservar el enlace de dodecasílabo con hexasílabo *Insomnio*. En estos últimos empeños, a ratos tienen aciertos melódicos comparables a los de los mejores modernistas: "Y brillan las flores con múltiples tintes que son su lenguaje". *Insomnio*: su último poema.

Parecido afán de variedad, notamos en sus estrofas. No hizo un poema en solo pareados según la tradicional usanza, aunque *Rimas, II*, dejó un ejemplo en que el primer verso es heptasílabo y el segundo endecasílabo; utilizó también esta combinación unida a otras, en la misma estrofa, ya al principio, como en *Espíritu*, que es una original forma de octava, en que los cuatro primeros versos son pareados, y los cuatro últimos constituyen los únicos cuartetos clásicos de Núñez: rima de primero con cuarto, y de segundo con tercero. O bien, los pareados van al final, como en *Sursum, Ultra y Grandeza y decadencia*.

No utilizó los tercetos, que, como en el caso del Dante, bien se hubieran acoplado a la majestad de su numen. Tampoco la décima auténtica; apenas elaboró un soneto "Desbarata la ciencia el azul cielo", inspirado y de agradable factura. Aunque Gómez Restrepo sostiene que las octavas italianas eran las predilectas de Núñez, no he encontrado una sola en las ediciones consultadas, ni una de las llamadas "reales". En la materia, apenas existe la que acaba de nombrarse *Espíritu*, que no corresponde a los tipos presentados por los preceptistas. Creo que el autorizado maestro Gómez Restrepo se confundió con la terminación aguda de tal octava y la de la mayor parte de los quintetos y sextinas del cartagenero, conjuntos métricamente muy matizados en que vertió sus ideas y sentimientos más conocidos y de los que trató de prescindir al final de su vida. Lo mismo quiso hacer con la terminación aguda, pero volvió a ella, y su postrer poema la contiene. Hay quienes la consideran censurable. Puede comunicar monotonía a cantos muy extensos o a colecciones en que sea dominadora siempre; pero, además de dar resalto a especiales expresiones, tiene por lo general seductores efectos orquestales.

Los cuartetos apellidados serventesios también fueron muy de su gusto, *Ausente, A Soledad R. de Núñez, De viaje, Leyendo el "Quijote"*... En este campo del cuarteto, ensayó múltiples enlaces: todos los versos endecasílabos, mezcla de estos y de heptasílabos, verdaderos alejandrinos disfrazados de octavillas, como en el *Himno patriótico* o en *Calma*. Llegó en *A mi hija* a una especie de estrofa sáfica, en que el final no es, según lo corriente, un pentasílabo, sino un tetrasílabo.

En *Rimas* la primera viene en sextillas tradicionales. *La prudencia* consta de cuatro seguidillas. La amplia libertad de la silva tampoco le fue ajena: *Lo inescrutable, Heloísa Hamlet...*

Con su maestro Hugo, acudió *Ideales* al polímetro. Por cierto, que esta poesía nos ofrece los decasílabos únicos de Núñez, de bien lograda sonoridad. Otros polímetros: *Eros, Sideral*.

No empleó mucho la asonancia, con excepción de la producida por los versos agudos (segundo y cuarto) como en *Dulce ignorancia*. En *Fantasia* este modo lo entreveró con vocablos esdrújulos al final del verso primero y del tercero; y en *Reacción y Despedida de la patria* con asonancias, también en el primero y el tercero. El precioso cuadrito *Los tres* es un romance heroico; uno tradicional, en octasílabos, *Las apariencias*; (45) y uno de los llamados heptasílabos o endechas, *Bolívar providencial*.

En el apólogo *Grandeza y decadencia* inventa, para la sátira política, un hermoso sexteto, cuyos cuatro primeros versos (heptasílabos) son asonantes y los dos últimos (alejandrinos) consonantes.

7 — MELODIA Y FIGURAS LITERARIAS

He querido presentar todos estos casos con el fin de evidenciar la inquietud de Núñez para encontrar nuevos y adecuados cauces al estro, y sobre todo para, sin perjuicio de la diafanidad conceptual, transmitir los encantos de la armonía a su producción lírica, en la que a veces hay destemplanzas, como en Garcilaso o San Juan de la Cruz (recuérdese, por ejemplo, el “un no sé qué que quedan balbuciendo” de este serafín), o en cualquier gran poeta; pero en la que abundan las piezas musicales, según la calificación de Gómez Restrepo para *Sideral*, como antes se recordó; o esa “música de órgano” que oyó Silva, ya también citado, concepto que concuerda con el del mismo Gómez Restrepo a propósito de *Sursum*: “...poesía serena, consoladora, grave como una sinfonía religiosa, ajena al tumulto de la pasión, y en que la inspiración va ascendiendo en giro vagaroso, hasta perderse en las alturas” (46). Darío, mago de la melodía, y quien tuvo caídas en tales dominios como en el *Canto a la Argentina*, dijo que “en ocasiones “los versos de Núñez” resultan duros o prosaicos, o retorcidos y descoyuntados” (47); mas al mismo tiempo reconoció las altas condiciones poéticas de su amigo, de quien afirmó: “La única composición que en lengua castellana haya leído yo, semejante a las modernísimas de los decadentes de Francia, hecha a la manera de Julio Laforgue, es la del doctor Núñez titulada *Sideral*. Por supuesto que más clara y comprensible que la del parisiense. Núñez está al corriente del movimiento de la literatura universal; estudia, sabe. Si quisiese, modernizaría” (48).

Era un apasionado de la música, en la que encontraba alivio para sus preocupaciones políticas, como advierte su biógrafo Otero Muñoz (49). Este mismo cita unas confidencias de doña Soledad Román, según las cuales cuando cantaba Conchita Micolao, cordial amiga de ambos, su esposo “se arrobaba oyéndola” (50). Escribió una emocionadora página sobre Gounod (51), a la muerte de este compositor. Por ello, contra la cacareada dureza de sus metros, podemos levantar la arrebatadora musicalidad no solo de

las poesías que embelesaron a Gómez Restrepo, sino también la de la mayoría de las estrofas de estas otras: *A mi madre, Selección, Que sais-je?, Todavía, Moisés, Grandeza y decadencia*, y de la última escrita, poco tiempo antes de morir: *Insomnio*. Como dechados de la facilidad, de la fluidez del ritmo, están *Ideales y Leyendo el "Quijote"*.

Sabe esmaltar sus cantos con todas las figuras literarias, entre las que hace descollar el símil y la metáfora, siendo más fecundo en el primero. Veamos algunos:

*¡Ah! yo conservo en mi memoria entera
esa visión tallada en alabastro;
pasa el tiempo por ella y no la altera,
sino, a lo más, cual nube pasajera
que amortigua fugaz la luz de un astro (52)
...como perlas nutre el hondo mar,
del seno del dolor se alzan auroras
que pueden néctar de la hiel sacar. (53)
Pídele a Dios —también yo se lo pido—
que no agote en tu alma el sentimiento
de lo bello, que vive allí escondido
como en la cuerda el melodioso acento
y el perfume en rosal aun no florido (54).*

Son sencillas las figuras, mas acertadamente expresivas. Y a veces ostentan tintes de novedad:

*La alegre flor de oro
que en torno al sol, de que es imagen, gira,
quizá es indicio de la ley secreta
que nos lleva por giros invisibles
a espacios que parecen imposibles (55).
Dos seres de ese modo confundidos
no pueden separarse, no, jamás;
porque son de un acorde dos sonidos,
y dos pupilas de la misma faz (56).*

Esta última comparación se parece a una de Gutiérrez González:

*Son nuestras almas místico ruido
de dos flautas lejanas, cuyo son
en dulcísimo acorde llega unido
de la noche callada entre el rumor (57).*

Si hubo influencia y no simple coincidencia, creo que fue Núñez el influído, pues el antioqueño murió en 1872, fecha anterior sin duda a la del poema de aquel.

Una poesía muy difundida de Núñez es *El Mar Muerto*, que constituye toda un solo símil: el de las densas y estériles aguas, "saturadas de amargura", con el ser cuyas ilusiones y placeres la "justicia de Dios volvió carbones". Aunque haya reparos de varia índole que hacerles a las estrofas, la agobiadora lucidez de la semejanza sale indemne.

En cuanto a la metáfora, recordemos que al Tequendama lo considera “llama, para el que siente”; que para él “La inocencia es aurora y poderío / como es la culpa sombra y postración” (58); que él y una doncella reclinada sobre su pecho

*Era el grupo fugaz de una azucena
sobre un tronco doblando la alba frente... (59)*

Atrás, por otro motivo, cité esta feliz combinación de un semicallado símil con tres lozanísimas metáforas: el azote de las langostas

*Quita su veste a robles centenarios,
a las palmas marciales su cimera,
a la vid sus racimos o incensarios,
sus perlas a las pródidas espigas... (60)*

No quiero abusar de las citas y aquí corto la ejemplificación.

8 — DECHADO DE VERSOS Y POEMAS

De todo cuanto queda manifestado, resalta muy nítidamente la pasión de Núñez por la claridad, a la que, volviendo a convertirse consciente o inconscientemente, en discípulo de León, sacrifica arabescos y tonalidades, convencido —como el salmantino— de que naturalmente de la claridad fluyen la dulzura y la armonía esenciales, porque el espíritu, poseído de la primera, siente que estas dos postreras deidades, en virtud de un inexorable fenómeno de concomitancia, también lo dominan, lo deleitan y lo exaltan.

En las citas que he venido haciendo, pueden encontrarse fúlgidos versos; agrego otros:

*El llanto en ocasiones es dulzura,
la sonrisa repliegue de amargura,
sarcástica blasfemia la oración... (61).*

Por cierto, que este último endecasílabo pudo ser el inspirador de aquel alejandrino de Darío en su *Nocturno*:

Y el grano de oraciones que floreció en blasfemia.

Continúo con Núñez:

*En jardines sin sol corona Armidas
de faz de diosa y corazón de fiera (62).*

Esta expresión sale del mismo molde de Cervantes: “de ingenio griego y de valor romano”. Ricardo León también se vinculó a tal forma: “de casta mora y de blasón latino”.

*Porque el bien no es el bien, frecuentemente,
sino cuando se escapa y evapora... (63).*

He aquí, en los dos primeros fragmentos de los que siguen, ciertos ancitipos de las metáforas amorosas de Francisco Luis Bernárdez:

*Necesito de ti, sin ti no vivo:
eres mi agua, mi luz, eres mi pan...
Quiero hablar, y tu nombre solo digo;
quiero pensar y solo pienso en ti... (64).*

*Que el recuerdo constante la presencia
realiza del objeto que no vemos... (65).*

*¡Oh tiempo! ¡Oh tiempo! Tú del huevo inmoble
sacas águila intrépida y errante;
de párvula simiente, eterno roble;
y de un carbón, espléndido diamante (66).*

*Pasaron los años. Los Andes subiendo,
hallé una planicie, y en ella un edén
ceñido por mares de espigas y flores... (67).*

*Organo inmenso de infinitas notas,
la humanidad camina a un solo fin.
¿Quién la empuja? El que mece las espigas,
el que arte da al castor y a las hormigas,
vuelo a las aves, hálito al jazmín (68).*

*Y de la cruz los brazos doloridos
ciñen a Erebo de inmortal aurora (69).*

*¡Oh sí! A la fe, que alcanza lo infinito
y a la santa verdad nos eslabona,
debe siempre el cantor su primer grito,
el culto a Dios su más brillante rito,
la apoteosis su mejor corona (70).*

*Amor de los sentidos es precario,
y tiene por reacción mórbido hastío... (71).*

He, por varias razones, nombrado ya algunos poemas ejemplares de Núñez. Los más divulgados son *¡Todavía!*, *Que sais-je?*, *Moisés*, *Imitación del Eclesiastés*, *El mar muerto*, *Sursum*, *Sideral*. Otras de sus más bellas producciones: *Dulce ignorancia* (sobre todo aquellas estrofas en que pinta las impresiones de quien por vez primera penetra en una catedral), *Fantasia* (subyugadora elegía de tenue romanticismo), *Al pie de un sepulcro* (gritos poderosa y encantadoramente románticos, conturbadores trozos de sincera autobiografía), *Nirvana* (lema de quien no renuncia a la acción fecunda por miedo a las tormentas), *Los tres* (delicioso cuadrado de enaltecida ternura), *Darwin* (proclamación de la evolución espiritual como rechazo de las conclusiones materialistas del investigador inglés), *En China* (bien logrado dibujo del poeta, que al realismo sobrepone la sabiduría de la ilusión), *Excelsior* (al que habré de referirme un poco adelante). *La dicha* —que se encuentra solo en la edición de Merchán— es un apólogo lindamente rítmico y adoctrinador.

Núñez, como todo poeta y sobre todo como hombre de intensas y terribles preocupaciones, no carece de versos defectuosos.

Los tiene cacofónicos (“Tan limpia es y suave, cual la de la aurora”) (72); ramplones (“Y de estos vemos algún bien salir”) (73); rípidos y contentivos de lugares comunes (“Su talle de palmera no cobija” “asomaba en sus labios de coral” (74), “En brazos de Morfeo” (75). A veces trata de dar un tinte de novedad a figuras ya muy gastadas: “En cada estrella, / miro tus castos ojos relucir” (76).

Con frecuencia, sus metros desagradables, lo son por efectos de las licencias tradicionales. En “Para del viajero la ruta guiar” (77) y “De una casta Madona de Rafael” (78) la disonancia proviene de la diéresis (“guñar”) y la sinéresis (“Rafael”). En *Ideales* (7ª estrofa) hay esta diástole: “salmodía”. Echa mano asimismo de las figuras de dicción: paragoge (“huístes” (79) por “huíste”); síncopa (“albora” (80) por “alborea”); etc.

Muy rara vez sus imágenes pecan de inexactitud, o por la impropiedad de un vocablo, o la falsedad de una situación: cuando afirma que un raudal tala (81), o hace antitéticos los vocablos “anegar” y “depurar” (82), o hace sucumbir una llama no por la acción del viento sino por el “peso de mortal cadena” (83). El editor de *Poesías de Rafael Núñez* (1914), censura en *Todavía* la expresión “...sucumbe, débil hombre, / como al soplo del austro el abedul”. Dice así: “...comparación falsa, porque los abedules nacen hacia el norte y sus naturales enemigos son el aquilón y el bóreas, y nada tienen que temer del austro, el cual tiene elegidas para moradas suyas las regiones meridionales del orbe”. En *Que sais-je?* se lee: “El insecto coral labra su ruina”. Sobre el particular es interesante oír la defensa de Marco Fidel Suárez (84): “Uno de nuestros afamados literatos y políticos, en cierta censura, también política y literaria, que hizo de las poesías del señor Núñez, se santiguó en nombre de Langlebert a causa de la expresión *insecto coral*, empleada por el poeta en una de sus composiciones. Sin embargo, el censor olvidó que la voz *insecto* tuvo siempre, no solo en nuestro romance sino fuera, además del sentido técnico de los anillos y las seis patas, un significado común, que riñe cierto con el clásico y repetido pasaje de Plinio, pero que registra Littré y que han usado en castellano escritores como Alcedo, Terreros y Venegas”.

Se ha hablado de que Núñez abusó del galicismo. El hombre que vivió en Francia y que leía con frecuencia en francés no sería tan criticable el asunto. Pero él se preocupaba por el idioma, y —al menos en sus versos— los galicismos no son tan abundantes como algunos creen. Los que he podido anotar son los siguientes: “A Cicerón librándose al sicario” (85): “No es contemplando, no, tales figuras / que el vate cantará tu alta misión” (86); “Oro, es por poseerte / que los hombres se asesinan; / es por tu infausto esplendor / que unos a otros se exterminan” (87); “No fue, no, con la risa volteriana / que el libro de Cervantes tuvo empeño” (88); “Es en sus polos que la existencia / con la invariable verdad confina” (89).

No siempre se deben a descuido las fallas de Núñez, ni a la que llamó Quevedo, en donosísimos tercetos, “¡Oh Ley de consonantes, dura y recia!”; en algunas ocasiones los versos suyos que nos parecen broncos y sin pulimento, para él eran la necesaria traducción de la alteza de las ideas y de la majestad de la materia. Comparando Núñez alguna vez las estrofas de Heraclio Martín de la Guardia tituladas *Dios te bendiga*, dedicadas a su regreso a la patria, con otras de José Antonio Calcaño *A los restos de Páez*, escribió estos conceptos, que deben tenerse muy en cuenta al estudiar sus propias producciones: “Entre esta composición y la del señor Calcaño hay la distancia que entre un vals y una ópera. El vals gusta, pero la ópera impone. Según Miguel Angel, la mejor pintura es la que más se acerca al relieve; pero no al relieve matemático —agregamos nosotros—, puesto que en las famosas Sibilas de la Capilla Sixtina aquel monumental artista fue mucho más allá de la simple fotografía de la humana estructura, lo cual era su costumbre en todo. El arte literario —como cualquier otro arte— no es anatomía, sino expansión, iluminación sideral vuelo, para dejar al espectador

*Sojuzgado por éxtasis profundo
que lo eleva muy lejos de este mundo.*

Repitamos, pues, las palabras evangélicas: *La letra mata, y el espíritu vivifica* (90).

10 — BALANCE POETICO

No niego los errores del poeta Núñez; pero tampoco sus eximias calidades. Y especialmente su tan humana y notable sed de perfeccionamiento, que, como queda ya dicho, en su vejez lo llevó a buscar ritmos y rimas nuevos.

Como resumen de las páginas anteriores, citaré estas apreciaciones:

1ª—De Miguel Antonio Caro (91): “Tomemos entre los poetas españoles a fray Luis de León, príncipe de la lira castellana en concepto de los mejores críticos. ¡Cuántos versos flojos, cuántas de aquellas rimas pobres que tanto te preocupan, hallarías en él si quisieras cebarte en poetas de otras naciones y no en tus compatriotas! (92). Pero un crítico verdadero como Menéndez y Pelayo te saldría al paso diciéndote: “Cuánta poesía hay en cualquiera de sus audacias de lenguaje! ¡Qué majestad antigua en medio de su aparente llaneza! ¡Qué vulgarismos tan poderosos y tan empapados en la realidad! Cada palabra es una revelación... Otro cuente los versos duros y las rimas falsas; por mi parte aseguro que nunca llegaremos los españoles a penetrarnos del sabor de lo antiguo hasta que rompamos con la tradición altisonante y académica del siglo pasado, y aprendamos a apreciar el tesoro que tenemos enterrado en nuestro más grande y menos entendido poeta”.

2ª—De Antonio Gómez Restrepo (93): “En Núñez el poeta era superior al artista. Más que la belleza de la forma, le importaba la originalidad de la idea... Las citadas poesías, especialmente las dos primeras

(94), fueron muy populares en su tiempo: la juventud repetía las estrofas del *Que sais-je?*, entre las cuales hay algunas en que el pensamiento está encerrado en la forma poética con tanta elegancia y precisión, que nada sobra y nada falta... Si hubiéramos de caracterizar este segundo período por una sola composición, escogeríamos a *Sursum*, una de las más profundas inspiraciones de la musa colombiana”.

3ª—De Marco Fidel Suárez (95): “Esta lengua que os tiene aquí reunidos mereció su aprecio, no solo por razones literarias, sino por motivos sociales, pues al mismo tiempo que admiraba su belleza y abundancia, exaltaba su importancia histórica y reconocía su necesario influjo en la grandeza por venir de los pueblos que la poseen. La conmemoración del 20 de julio, dijo en cierta ocasión, ha de hacerse con espíritu fraternal hacia la nación española, que nos legó el ejemplo de su heroísmo, así como su fe religiosa y su incomparable lengua”.

Este juicio de Suárez, contenido en el discurso con que respondió al de Carlos Calderón, al ocupar éste la silla que perteneció a Núñez en la Academia Colombiana, corresponde a la verdad. Las escasas impropiedades que he señalado en el lenguaje del poeta, son confirmación de que supo generalmente dar cauces de limpieza, solidez y aun de fulgor a la reciedumbre y diafanidad de sus pensamientos, así como a la sinceridad y calor de sus sentires.

11 — EL LIRICO Y SUS TEMAS

Como bien se ha podido ver, Núñez fue esencialmente lírico. Quiso cantar a los héroes —a Colón, a Bolívar, a los próceres españoles que defendieron a Cartagena contra los piratas, a caudillos de las guerras civiles— pero, como lo confesó en su romance al Padre de la Patria, en su arpa no había las aceradas cuerdas que consonaron con la música de la epopeya.

En algunos trozos de sus poemas (*Al Tequendama*, *Bolívar providencial*, *Memorias*, *La langosta*), ensaya la descripción de paisajes, y logra comunicar color y vivacidad a las estrofas, que no son de marmórea tersura al estilo parnasiano, sino de una tierna limpidez, en la que la naturaleza y el espíritu del cantor se funden delicadamente.

Los grandes motivos de su inspiración fueron, además de los ya expuestos, el genio filosófico (*Sócrates*, *Epicteto*), el artístico (*Hamlet*, *leyendo el “Quijote”*) el político-moral (*Moisés*), la belleza (*Ideales*), la justicia (*Astrea*, *César*), el perdón y el arrepentimiento (*Angel caído*), las excelencias y abismos de *La mujer*, la inocencia (*Ideales*), la piedad y la verdad (*Prometeo*), la *Libertad*, la esperanza (*Véspero*, *Jehovah*), la redención (*Salvador*)... En fin todo lo que infunde —según su expresión en (*Sideral*)—.

*Sed de lo bello, de lo grande y santo,
algo que vuela, que perfuma y trina,
que en perlas rompe la emoción del llanto.*

Entre todos esos temas, dos —a los que me dedicaré en seguida— sobresalen con singular vigor. Los compendió en estos versos:

*Por su Dios y los ojos de su dama,
por Religión y Amor, todo lo emprenden... (96).
Y desde entonces comprendió mi espíritu
que amar no es otra cosa que creer (97).*

* * *

PARTE SEGUNDA

DEL PROBLEMA DEL MAL A LA SERENIDAD

12 — LA ANGUSTIA DE LA MENTE

Hay quienes tienen a Núñez como poeta del escepticismo, y aun el materialismo, para comprobar lo cual citan los poemas *Que sais-je?* y *Dulce ignorancia*.

Este último contiene expresiones que, tomadas aisladamente (por ejemplo, "El cerebro secreta el pensamiento / como la caña miel"), pueden inducir a error; pero que, estudiadas dentro del conjunto no digo de la obra del vate sino de esa sola poesía, apenas son una censura contra quienes en nombre de la ciencia pretenden investigar el mundo invisible, desasistidos de la fe. *Dulce ignorancia* va contra la razón áptera, ostentosa y vana. Pero dejo este asunto por ahora, y voy al de *Que sais-je?*, una de las composiciones que han gozado de mayor prestigio dentro y fuera de Colombia.

Como el propio Núñez lo advirtió (1), las inquietudes de estos versos también las expresa en otras poesías, y en ellos "palpita el mismo sentimiento que animó el *Libro del Eclesiastés*, atribuido a Salomón, y aun algunos fragmentos de los *Salmos* y de la *Imitación de Cristo*. Adelante, y refiriéndose al mismo *Que sais-je?*, sostiene: "Más ascetismo que escepticismo debe encontrarse en versos que tienden tan directamente a demostrar la inanidad del placer...".

El título, que es el famoso lema de Montaigne, ya puede enseñarnos que, el colombiano como el francés, de lo que desconfía es de la flaqueza de la razón humana y del peligro de algunos hispídos dogmatismos. Núñez leyó a Montaigne, y bajo el patrocinio de este puso su primer libro (*Ensayos de crítica social*, 1874). Conviene recordar que Otero Muñoz (2), elaboró un decálogo con los principios que en ese volumen defiende su biografiado; el último es de este tenor: "La filosofía en su esencia íntima no es otra cosa que el amor a la verdad. Y como Dios es la verdad absoluta, puede sin metáfora decirse que en su aspiración suprema la filosofía es inseparable de Dios".

La clave del poema está en verdad en el epígrafe, tomado de Ovidio: "Est quaedam flere voluptas" ("Hay cierto placer en llorar"), o, según versión del poeta (en la estrofa 19): "El llanto en ocasiones es dulzura". (3). Lo atormenta el estar comprobando a cada paso que existe una ley "de la armonía" la bautiza que "hace que toda causa de alegría lo sea de pesar"; y que igualmente logra estas realidades:

*El hierro que extermina también crea:
aurora a veces es la infanda tea
que enciende la ambición.*

Este mestizaje de bien y mal, no puede explicárselo; y la desolación lo invade. La verdad que busca no es otra que la que le permita lo que así expresa en la última estrofa:

*De lo cierto y lo incierto, ¡quién un día,
y del bien y del mal, conseguiría
los límites fijar!*

Esto que llamó "¡Oh misterio del mal!" en *Hamlet*, lo vierte en varias otras producciones: *¡Todavía!* ("...tras el paraíso / un infierno se esconde: la expiación!"); *Belleza, llanto y virtud* ("Tras esa irradiación que encanta y llena / hay un fondo de hiel y oscuridad"); *Lo invisible* ("Washington vence del derecho en nombre; / mas queda el hombre esclavizando al hombre"); *Ausente* ("Una emoción comienza dolorosa, / y en sentirla después nos deleitamos"); *La langosta* "Hasta el delito, genitor de ruina, / puede ser pedestal en lo futuro"). Los ejemplos se extenderían bastante más, si los propuestos no fuesen suficientes.

Cree en Dios; pero no alcanza a comprender la causa por la cual el mal es permitido:

*Cuando oímos el huérfano llorando,
y sus ayes la madre al cielo alzando
¿por qué la Providencia se ocultó? (4).*

Trata de apaciguarse con esta esperanza:

*Tal vez cuando nos alce hasta su seno
Dios, que todos sentimos,
sabremos lo que somos aquí abajo;
si hay oculta salud en el veneno,
reparador reposo en el trabajo... (5).*

En este debate sobre la evidencia del mal, es en el que ve que "la verdad soberana" huye "del pensador que poseerla ansía" (6).

Pero esta angustiosa búsqueda no es escepticismo. No podía pertenecer a tal escuela un hombre de acción, y de tan tenaz y ardida acción como él, que pudo con razón escribir: "Situados nosotros en la corriente de la lógica, tenemos fe profunda en nuestra misión, y sabemos que, más aún que el presente, es nuestro el porvenir, porque nosotros buscamos la salud de Colombia, y Colombia no quiere fallecer" (7).

Si encontramos a ratos la duda en Núñez, es como en San Agustín, no para ir al escepticismo, sino para, mediante el análisis que haga de ella la conciencia, llegar a la certeza.

Para un político de tal trayectoria, según lo ha demostrado hoy con su ejemplo Antonio de Oliveira Salazar, la duda es buen instrumento para proyectar, así como la fe lo es para construir.

He citado a San Agustín. ¡Qué semejanzas guarda nuestro compatriota con ese genial africano, a quien también confundió durante algún tiempo el problema del mal! Oigamos al santo en sus *Confesiones*: “Como yo estaba ignorante acerca de estas cuestiones, me hallaba no poco embarazado y perturbado con tales preguntas, y por los mismos medios y con los mismos pasos con que me apartaba de la verdad, me parecía que la iba alcanzando, por no haber llegado todavía a conocer que no es otra cosa el mal sino privación del bien, hasta llegar a la nada o privación de todo bien” (8). Se angustiaba Agustín pensando que Dios no era infinito por una sola parte: por la “de la contrariedad y competencia que tenía (se dirige al Señor) con la sustancia del mal” (9).

Como vemos, parece que el cartagenero hubiera amplificado su rimas las torturas espirituales del nómada.

Para Núñez, el hombre es “un peregrino, cuya fuerza motriz es el dolor” (10).

Se ha dicho que San Agustín y Pascal, “en un sentido muy amplio”, son existencialistas (11). Prescindiendo del método fenomenológico, los caracteres del moderno existencialismo se encuentran en los dos grandes pensadores citados: el examen hondo y ancho de sí mismos, el ansia de perfectibilidad y la angustia del propio ser, dentro de las circunstancias y sus aspiraciones, angustia que Gabriel Marcel liga a “la sofocante tristeza del mundo contemporáneo”. Si quedan a un lado Sartre, franco adversario de la Divinidad, y Marcel, de cuyo pregonado catolicismo no quiero dudar; los más importantes maestros existencialistas, desde Spinoza —a quien, según Unamuno, “le dolía Dios”— y Kierkegaard hasta Husserl, nos ofrecen como la principal de sus preocupaciones investigativas la de encontrar a Dios por la vía de la reflexión, del repliegue del hombre sobre sí mismo, o solo por la del sentimiento.

Núñez presenta, en muchas de sus estrofas, las mismas características agustinianas y pascalianas arriba indicadas. No buscan los tres propiamente a Dios, pues parten de que existe, sino la conciliación de la Providencia con fenómenos que escapan al dominio de la simple razón. Y mientras más se esfuerzan por desatar tales nudos, la angustia del vivir más fuertemente los azota. Es por ello por lo que pertenecen al universo existencialista. Oigamos al hijo de Cartagena:

*El hombre ¡El hombre! inagotable tema
del mismo ser que esa palabra indica.
Del misterioso general sistema,
que se llama creación y nadie explica,
átomo pasajero,*

*tan exiguo en su forma, y tan osado
en sus aspiraciones, cual si oriundo
fuera de un centro por el bien colmado,
y no de las angustias de este mundo.
¡Ay! yo también en perennal insomnio,
desde que la razón con su tridente
líneas profundas esculpió en mi frente,
en él me ocupo, sin saber yo mismo
si esperándome está cumbre o abismo! (12).*

13 — LA ANGUSTIA DEL CORAZON

Rafael Núñez pertenecía a la orden de los amorosos perfectos. A su madre, doña Dolores Moledo, a quien califica Gómez Restrepo de “mujer superior” (13), le profesó un tierno afecto, del que da espléndida fe el poema *A mi madre*, a quien, entre otras sentidas confesiones, hace esta:

*De tu asilo apacible busco el ámbito,
porque sin ti mi pecho no creerá.*

La primera vez que fue elegido para la presidencia de la República, y tan pronto como se confirmó legalmente el hecho, voló a abrazar a su “ángel benéfico” “de faz profética”, como en esos versos la llamó. Sobre la conmovedora escena se extiende hermosamente Liévano Aguirre en su ya citada biografía (14). El padre fue militar, que casi siempre anduvo por exigencias de la profesión fuera del hogar. Según confidencias del propio hijo (15), “era un hombre de carácter fuerte. No recuerdo haber recibido de él nunca un beso”. Sin embargo, en ciertos instantes de duda, acude a la tumba paterna en busca de claridad (16); y, al partir de la patria, exclama:

*Solo yo lloro, porque en esa playa
que apenas se percibe en sombra azul,
solo yo dejo el alma de mi alma,
la que después, de Dios, me dio la luz...
Solo yo lloro, porque allí hay un templo
donde en sagrada urna ¡oh padre! estás,
vuelto ceniza tu esforzado pecho,
disuelta acaso tu atractiva faz (17).*

El amor adánico por Eva fue otra de las potencias martirizantes del poeta.

Hay ciertos hiatos y sombras en su historia erótica, pues sus confesiones líricas a veces no riman con los datos de los biógrafos. Tratando de armonizar estas dos fuentes hasta lo posible, encontraremos los siguientes episodios:

En plena adolescencia, tuvo su primer romance con “casi una niña, perteneciente a distinguidísima familia cartagenera” (18). Sobrevino un embarazo; el padre de Rafael, al conocer el asunto, se llevó al hijo a Tu-

maco, en donde sufrió tanto éste, que, según le confesó a un amigo (19), de tales amarguras brotó el escepticismo, que en verdad no fue una convicción filosófica, sino una situación de desesperantes desengaños, para hablar en términos precisos. Hay dos poesías suyas que se suelen vincular a este hecho: *¡Todavía!* y *Al pie de un sepulcro*. Leyéndolas con un poco de atención, se ve que corresponden a distintas personas: la segunda —de febril evocación— donde se habla de un hijo del cantor, debe de haber sido inspirada por esa doncella forzosamente abandonada. Quizás esta circunstancia fue la que lo hizo, en la edición de París, borrar estrofas tan ardorosas.

Todavía, que de tantas memorias juveniles se ha adueñado, es la manifestación de una pasión vedada, la de él —ya casado— y la de ella, también unida matrimonialmente a otro, y a cuyo lado “juega y sonrío y canta alborozado / el fruto aciago de tu unión fatal” (20). No es ella la misma mujer de *Al pie de un sepulcro*, porque esta fue víctima, y la otra victimaria:

*Yo soy tuya! —Yo tuyo! Así dijimos
y al hacer este voto no creímos
que otro nunca pudiéramos hacer.
Y lo hemos hecho!... La hemos hecho, impía!
Tú lo hicistes primero: tu falsía
me arrastró a pronunciar otro también (21).*

Hacia los 24 años se enamoró de la hermosa e inteligente Soledad Román, quien, por atender a otro galán, le correspondió con unas tremendas calabazas, que lo hicieron sufrir terriblemente.

Huyendo de este fontanar de padeceres, en 1851 se fue a Panamá, a desempeñar un modesto cargo público. Al poco tiempo galanteó allí a doña Concepción Picón y Herrera; y más adelante, se dedicó a doña Dolores Gallego, con quien contrajo matrimonio el 13 de junio de aquel año. Como esta era cuñada del gobernador del istmo, se ha afirmado por algunos, incluido entre ellos Liévano Aguirre, que Núñez se casó por ambiciones electorales, ya que fue de Panamá de donde obtuvo las primeras designaciones populares, que le permitieron revelar su genio político. Fernando de la Vega (22), en *A través de mi lupa*, debatió vigorosamente el asunto, y sostuvo que la pasión de Rafael por Dolores se debió sencillamente a que “era una mujer por todo extremo bella. Tenía, sobre los atractivos físicos de la línea, el de una dulcedumbre de rostro que la asemejaba a aquellas vírgenes pálidas de Botticelli, que si lozanean como mujeres cabales, impresionan más bien al observador por la irradiación de una dulzura ideal. ¿Qué de raro que un joven de veintiséis años se prendase de una muchacha agraciadísima, en quien adivinaba o creía adivinar un tesoro de miel y de caricias, con las anchuras soberanas del mundo por horizonte? Lo extraño, lo inadmisible, lo equívoco y sospechoso es que no se hubiese enamorado...”. Luego el mismo autorizadísimo nuñista rechaza la hipótesis del interés político en la boda.

En verdad, este enlace le ocasionó a Núñez, en el terreno electoral, más dificultades que ventajas. Gran parte de la campaña que sus adver-

sarios adelantaron contra sus primeras candidaturas presidenciales, y luego contra toda su obra, se fundamentó en las consecuencias de tan accidentado connubio.

Doña Dolores, según el mismo Rafael (23), "era una estatua sin alma". En *Todavía*, comparando a su esposa con la anterior amada, y dirigiéndose a esta, pregona que ama con su vida a la primera, pero que la conclusión tiene que ser la que sigue:

*Y, sin embargo, ¡ay! tú no eres ella,
lo recuerdo muy bien! La tibia estrella
jamás abrasa como abrasa el sol:
En ti hallo el mar que proceloso brama,
en ella el lago que apacible clama;
tú eres el huracán, ella el rumor.*

La señora Gallego sufría de epilepsia, no alcanzó a comprender a Núñez; le dio dos hijos, de los cuales el primero murió muy niño, y el segundo —Rafael—, físicamente muy parecido al padre, moral e intelectualmente se le apartó en demasía: un tanto degenerado y excesivamente apegado al dinero. De Núñez se ha propalado que era de ascendía judía; su desprendimiento, en cuestiones monetarias, fue completo, lo que no infirma el rasgo hebreo, pues aunque suelen los israelitas ser tenidos como prototipos de cultores del becerro de oro, también es verdad que entre ellos irradia el idealismo. Si la usura fuera realmente distintivo de los descendientes de Abraham, Rafael Núñez Gallego sería testimonio del origen atribuido al Regenerador. Cada día, estos dos seres tan desiguales se separaban más y más. Núñez, tras inútiles empeños para encender esa nieve, terminó por ausentarse. Más tarde ella se dejó seducir por otro afecto, y un tanto adelante obtuvo la disolución del matrimonio civil; el eclesiástico, como es natural suponerlo, quedó en pie.

Quizás rumiando todos estos crueles desengaños, se vio forzado a imprecar así en *La mujer*:

*Pero, ¡ay de ti! si tu misión no llenas;
si en lugar de curarnos, envenenas
del corazón el primitivo mal;
si tu antorcha nos quema y no ilumina;
si en vez de edificar, tu mano arruina;
si tala y no fecunda tu raudal!*

En Bogotá, a donde llegó por vez primera como diputado a la cámara por Panamá, se prendó de Nicolasa Herrera, sensitiva y tímida, en quien creyó encontrar la fuente para su sed de ternura. No habiendo podido alcanzarla, se vio enzarzado en unos delirantes amores con Gregoria de Haro, quien —como Manuelita Sáenz por Bolívar— abandonó a su esposo inglés para entregarse a Núñez. Los dos partieron para los Estados Unidos y Europa. Ella que presumía de poetisa y poseía distinción social y económica, lo mimó durante largo tiempo. Parece que para Gregoria compuso el apasionado polímetro *Eros*, que encierra dulces y aladas es-

trofas, y los serenadores cuartetos de *Ausente*. Cuando él viajó de Francia a Inglaterra, esta pasión empezó a extinguirse. Liévano Aguirre (24) trae a cuento una aventura de su prócer con una prostituta inglesa, aventura elevada a la categoría de pasión. No tengo datos para rechazar lo afirmado por el biógrafo; lo que sí descarto es que los versos de *Espíritu* se los hubiera dedicado a tal moza del partido, como sostiene Liévano Aguirre, pues la aventura, si sucedió, tuvo que ser entre 1870 y 1874 (25); y, según nos refiere el mismo Núñez (26), este poema lo publicó en *El Tiempo*, Colombia, en 1860, esto es, por lo menos diez años antes de la posible escena de Liverpool.

Claro que, dado el temperamento del personaje, no solo en Inglaterra sino en muchas otras partes, pudo haberse metido en episodios transitorios de varia índole. En sus poesías (por ejemplo, *Fantasia y Urania*) pasan otras ignotas y cautivadoras imágenes femeninas.

Como se consignó al principio de estas divagaciones, Núñez regresó de Europa a su patria, a fines de 1874, resuelto a intervenir hasta lo más hondo que pudiera en la política. Doña Gregoria se quedó tejiendo resentimientos en Francia. El sintió la necesidad de dar un cauce definitivo a su vida sentimental, teniendo presente que en aquellos días regía el matrimonio civil entre nosotros. Se le reavivó el cariño por la suave Nicolasa Herrera, a quien posiblemente dedicó los extraños ritmos de *Memorias* y los de *In memoriam*; ella lo admiraba, pero no llegó a amarlo como para enfrentarse a la reacción de la sociedad bogotana, católica sustancialmente y, por lo mismo, adversa a que, estando viva Dolores Gallego y no habiendo sido invalidado su matrimonio eclesiástico con Núñez, una dama pudiera legalmente ligarse al formidable político y popular aedo.

El no había podido olvidar a la desdeñosa Soledad Román, que ahora andaba por algo más de los cuarenta años. Le había escrito varias veces repitiéndole su admiración, aunque en términos discretos, después de las celebérrimas calabazas de la juventud. Soledad, católica completa y por añadidura de familia "conservadora", supo comprender, al fin la patética situación espiritual de su amante, y se resolvió a todo: a la glorificación o al escarnio. Amaba ahora con el profundo y dorado amor que, en la mujer del trópico, podemos juzgar otoñal. Y en 1887 —atendiendo al purísimo llamamiento de *Sideral*— se casó civilmente por poder en París con su pertinaz, veterano y ya sereno admirador.

¡Cuántas desolaciones le produjo a Núñez el amor desde la adolescencia enloquecida hasta esta hora de su esplendente plenitud!

14 — LA SALVACION POR LA FE

Dejamos al cartagenero, en los predios de la filosofía, padeciendo por ver que la verdad tan intensamente ambicionada se escapaba a la indagación simplemente racional. Y he aquí ahora que los problemas que le suscitaba la contemplación del mal (los sacrificios de Colón y Balboa, etc.), los aprecia como simples espejismos, pues

*El hombre en sus momentos soberanos
ata siempre del bien los eslabones (27).*

Ha concluído que

*El bien y el mal no son aisladas notas,
sino acentos de un mismo diapasón (28).*

¿Qué ha pasado? Que ha logrado la incommovible convicción de que Dios hace que todo marche "a un preparado fin" (29).

Su "ley de la armonía" ha evolucionado; ya no es la del mal y el bien, sino la de medios y fines: "Todo está encadenado en la creación" (30); el ideal de la belleza todo lo enlaza y lo alza a los pies de Cristo (31); "La vida de la tierra es sólo larva de la que el Bien inmarcesible encierra" (32). Por esta clara ilación llega a una doctrina pitagórico-cristiana: la conexión de la actual vida del espíritu con otra anterior (33).

Ha desaparecido el martirio de la inexplicabilidad del mal. Ahora puede dirigirse así al *Salvador*:

*Los ídolos del nuevo paganismo
tiemblan ya en inseguros pedestales;
soplan vientos que anuncian cataclismos,
y solo en ti naufragarán los males.*

En el fondo, tales expresiones equivalen a estas de San Agustín: "Atendiendo a la naturaleza particular de las criaturas, hay algunas que no son convenientes a otras, y por eso se tienen por malas; pero esas mismas cosas convienen a unas distintas, y para estas son buenas; y todas son verdaderamente buenas en sí mismas" (34).

"Todo contribuye, en la desigualdad de las esencias, a la unidad de la naturaleza, a la armonía del universo, al realce del todo. El orden se constituye en la suprema ley de los seres, jerarquizando las esencias y asignando una disposición profunda aun al mismo mal" (35).

"Nada se escapa al orden universal de los seres" (36).

"El mal contribuye a la perfección de lo creado, puesto que está en el reino del orden, a pesar de que Dios no lo ame como mal" (37).

Compárense desprevenidamente los anteriores conceptos (los del poeta y los del santo); y se verá que, en la esencia, son idénticos. El "preparado fin", los "acentos de un mismo diapasón", el "solo en ti naufragarán los males", son la expresión rítmica del grandioso pensamiento del obispo de Hipona.

Pero avancemos algo más.

Y daremos con la clave final: tanto para Núñez, como para San Agustín, todo se ilumina, todo se vuelve confortamiento ante la presencia de la fe.

Acerca de las ideas del hijo de Tagaste sepamos esto: "Así la doctrina de San Agustín es que la inteligencia tiene necesidad de la luz de Dios (su sol) para la verdad; como la voluntad, de la gracia de Dios,

bien supremo, para la virtud. Así nuestra alma no puede llegar a la verdad intelectual sin una influencia misteriosa de Dios, que no consiste en mostrarse a nosotros (objetiva), sino en producirse (efectiva) en nuestra alma, como una imagen de estas verdades que determina nuestro conocimiento" (38).

"Cronológicamente, la fe precede a la inteligencia; para comprender una cosa, es preciso previamente admitirla: *creo y entiendo*; ante toda fe, la razón debe mostrar no la verdad íntima de las afirmaciones del testimonio, sino los títulos por los que debe ser creído" (39).

Las papeletas que he hecho al estudiar la poesía de Núñez son numerosas en cuanto a la materia se refiere. Me limitaré a utilizar unas pocas:

*¡Oh! la verdad se oculta
al silogismo osado... (40).*

*¿Y la razón? —Palabra sin sentido,
imperio por sí propio derruido;
sol que es más bien que sol, oscuridad!
Solo resta la fe: bendita sea
la sola antorcha que al lucir no humea,
la sola senda que no tiene abrojos,
la sola dicha que no engendra enojos,
alborada de un sol que alguien verá... (41).*

*De Jesús la doctrina
muestra en la fe su gestación divina...
La fe es el gran venero,
que ofrece a todos inmortal riqueza:
heroísmo al guerrero;
a la mujer belleza
de contorno que no es perecedero;
al sabio la anhelada certidumbre
ancha, inerrable, generosa vía
al afán de la ignara muchedumbre (42).*

La soberbia razón humana —de la que se mofó en *Dulce ignorancia*— y a la que torna a execrar en *Darwin*, sirve para hallar la verdad, si se apoya en la fe: he aquí la final lección agustiniana de Núñez contenida en los versos anteriores: "La fe ofrece al sabio la anhelada certidumbre".

Muy aleccionador es lo que dice en *La reforma política* (43): "No aceptamos como poesía verdadera sino la que se confunde con la Religión, aspirando a lo infinito, en cualquiera forma. La generación literaria de 1870 comenzó sus labores con estos precedentes y sobre estas bases: religión de ciencia y científicos experimentos llevados hasta los últimos extremos.

Repugnándonos instintivamente aquella literatura, nos pronunciamos por la "dulce ignorancia" como reverso del implacable análisis de la curiosidad impertinente condenada por Cervantes en el dominio social".

Podíamos seguir, en amplios períodos, la manifestación estético-religiosa de Núñez, después de haber enlazado la razón con la fe. Veamos tan solo unas muestras: cree en Dios uno, creador y ordenador de todo cuanto existe (44); en Cristo encarnado (45), redentor (46), y divino (47); en la justicia eterna (48); en la inmortalidad del alma (49); en la existencia del misterio, superior a la ciencia (50); en el triunfo de la moral (51) y la supremacía de la virtud (52); en que las ideas mueven el mundo (53); en la sublimación de la tierra por el cielo (54); en que el sensualismo es corruptor (55); en el pecado original (56); en la necesidad del perdón según la oración del *Padre Nuestro* (57); etc. En pocos vocablos, en todo cuanto enseña el más exigente cristianismo.

Francamente, resulta monstruosamente erróneo proclamar el escepticismo filosófico de Núñez. Además de encontrar su credo expuesto en su poesía, se lo encuentra también en su prosa. Cuando comentó la victoria de sus sostenedores contra la revolución de 1885, en La Humareda, dijo: "Más que la capacidad humana, dio el triunfo anhelado la Sabiduría Divina, patente en todos esos sucesos. Será inconcebible insensatez desbaratar la providencial obra. Quienquiera que lo intentase, quedaría sepultado en los escombros. Se yerra grandemente cuando se suprime a Dios de la historia política" (58). Al posesionarse, en 1887, por tercera vez de la presidencia de la República, exclamó: "Enemigo de oropeles de cualquier género; sin marcada ambición de mando, ni de riquezas, ni de nada perecedero; libre de odio personal, yo aspiro solamente a dejar grato recuerdo en los anales de Colombia como mandatario que teme a Dios y cree firmemente en el veredicto justiciero de los tiempos" (59).

Su grandiosa obra de la Regeneración no es otra cosa que una traducción al campo de nuestras instituciones jurídico-políticas de su pensamiento metafísico.

Antes de pasar a otro tema, juzgo bueno subrayar que, al citar a San Agustín en este estudio, no sugiero que Núñez hubiera copiado en estrofas la filosofía del glorioso tratadista, ni intentado apropiarse las escenas de agitación espiritual del mismo. Lo más seguro es que nuestro compatriota no hubiera conocido la doctrina agustiniana. Lo que los hermana es el espíritu ardiente en busca de la verdad y la asistencia que el Señor, ante la sinceridad de sus angustias, les dispensó para descubrir la salvadora solución. La semejanza de su inspiración fluye también de que ambos fueron al Evangelio a beber las mismas linfas de frescura purificante.

15 — LA SALVACION POR EL AMOR

Hemos dejado a Rafael y a Soledad casados civilmente en 1877. Aunque él manifestó que no había procedido en este asunto por pasión, sino porque "La hora de la calma ha sonado para mí, y todo lo que hago es muy pensado" (60), es evidente que la labor de la reflexión se nutrió del amor primaveral surgido, como queda dicho, en su corazón por la bella dama, que, entre muchas calidades, ostentaba la de un esclarecido entendimiento. Amor que no se extinguió por entero durante los días en que

otras inclinaciones agitaron aquel pecho varonil y que, varias veces, alcanzó a mostrar, así fuese tímidamente, la faz en epístolas enviadas a la señorita Román desde varios sitios y en diversas circunstancias.

Trató Núñez de regular católicamente este vínculo; y, siendo presidente y autor del reconocimiento de los derechos de la Iglesia frente al Estado, lo habría obtenido, si hubiese consentido en adelantar, como se lo pidió el Vaticano, “una acusación formal contra la señora Dolores Gallego” (61). Según cuenta la propia Soledad (62), “Al llegar a este punto, el doctor Núñez, que era ante todo un caballero, sintió la repugnancia de enlodar a una mujer, y yo tampoco lo dejé vacilar”. Pero Dios existe. La señora Gallego murió y el 23 de febrero de 1889, Rafael y Soledad recibieron en Cartagena la bendición de la Iglesia, dada por monseñor Biffi. La comunicación del entonces presidente a sus amigos vale la pena de ser recordada: “Rafael Núñez saluda a usted atentamente y tiene el honor de participarle que, ante el altar de San Pedro Claver, elevará a la categoría de Sacramento el matrimonio que tiene contraído con doña Soledad Román” (63).

Pese al implacable, y a veces canallesco, ataque que sus adversarios políticos hacían al Regenerador por su unión con la señora Román, estando viva doña Dolores, los esposos fueron felices. Soledad lo rodeó de toda la ternura que el prócer necesitaba. Se ha dicho que ejerció influencias excesivas sobre las ideas y actos políticos de él. Cuando se casaron civilmente, ya Núñez estaba en posesión de la verdad y había expuesto claramente su programa de transformación constitucional de Colombia. Leamos lo que ella cuenta: “Me da risa cuando oigo a la gente decir que el doctor Núñez hizo tal o cual política porque yo se lo exigí. En la vida conyugal es lo más corriente que la mujer pida y el marido otorgue. Tal vez, en pequeños detalles, me pudo complacer; pero nunca, se lo aseguro (le está haciendo confidencias a su pariente Daniel Lemaitre), en nada que cambiase las grandes líneas de su obra. Esta salió de la forja de su cerebro perfectamente meditada y no eran sus aristas materia blanda para que manos de mujer le torcieran a su antojo. ¡Amigo mío, yo no pude hacer otra cosa que admirar siempre las ideas de mi marido! ¡Eran tan claras, tan precisas! ¡Las explicaba tan bien!” (64).

Lo que hizo ella fue lo que a una cabal esposa, a una mujer inteligente, tenía que ocurrírsele: “Yo lo acompañé y lo sostuve siempre con mi aliento, infundiéndole confianza en el éxito. Mi corazón estaba a su lado constantemente, y si en algunos casos le hacía observaciones, era en aquellos en que la agudeza femenina ve de bulto lo que a los hombres escapa” (65).

A Núñez, como ya vimos, lo fortaleció siempre el amor de su madre. El de la señora Román continuó esa ennoblecedora empresa, dándole a la vez los otros deleites de su iluminada y bien comprensiva pasión.

El poeta, en *Reacción*, nos enseña que su pecho era un gran vacío, que fue colmado por la presencia de Soledad. Más adelante se dirige a ella así:

*Tu amor me regenera,
tu amor y tu virtud* (66).

Por su esposa, la esperanza, "que es la vida toda", volvió a confortarle el corazón (67); la fe tornó a ampararlo (68); y

*Al pie de un crucifijo,
oyendo tus palabras,
en mi interior oré (69).*

En *De viaje (a Soledad)*, al despedirse de ella, confiesa su creencia en el Dios uno, "autor de todo lo que existe"; y por vez primera transforma su teoría de la armonía o mejor sucesión del bien y el mal como entidades disímiles y competientes, en la de los medios y el fin, de que arriba se trató.

Todo este raudal de beneficios, ya en ensueños lo presentía, al ser visitado por una "aparición angélica y tranquila": el recuerdo de ella (70).

Cuando tiene que estar lejos de Soledad, mira relucir en cada estrella "tus castos ojos"; y "tu faz angélica vivir en cada rosa perfumada y bella" (71). Y tan pronto le es posible,

*¡Me voy! ¡me voy! —Aguárdame, que vuelo
buscando tu ternura nuevamente,
como el alma que errada dejó el cielo
y su atracción, feliz otra vez siento (72).*

En esta poesía abundan las estrofas delicadas, en que, con acentos del más acendrado romanticismo, con intensa musicalidad y vívidos colores, nos presenta la alteza del amor que ha hecho una sola de sus dos vidas.

Las miradas de ella le alumbran el camino de su misión y sirven de combustión al arte (73).

Si el genio y el amor andan juntos, se elevan a las alturas celestiales, como en la "abrasada lira" de Santa Teresa de Jesús (74).

Todas estas sublimadoras comprobaciones las realiza el vate, al arrullo de la voz enamorada de Soledad.

16 — LA "VIDA ETERNA DE LOS DULCES LAZOS"

En sus ya citados alejandrinos, distribuidos en falsas octavillas, titulados *Calma*, proclama la eternidad del amor por la fuerza de la fe:

*El tiempo vendrá pronto
de una fusión más tierna;
de sin igual constancia
el galardón tendré;
y de esos dulces lazos
la vida será eterna,
que muerte no es posible
donde brilló la fe.*

Tras el miasma del mundo y la tremenda lucha interior, con “deseos y aspiraciones que no pueden saciarse”, viene ineluctablemente “la inmortal aurora” de que habló en su estudio sobre Arnold (75). “Cada hombre es una parte de la eterna unidad que en Dios reside” (76); “Cada ser lleva en sí divina altura” (77). En el poema que Rubén Darío dedicó al fallecimiento de Núñez, presenta a este viendo, después de muerto, erigirse triunfadora sobre el “helado cadáver de la Esfinge” la cruz del Redentor. Pero, como hemos visto en más de un pasaje, desde hacía mucho el poeta y el político habían reclinado amorosamente la cabeza luchadora sobre el divino símbolo. Era, pues, apenas final lógico el que pinta doña Soledad: “Cuando monseñor Biffi terminó de confesarlo, permaneció por largo rato a su cabecera. El doctor Núñez tenía el rostro sereno y de sus párpados entornados bajaron dos hilos de lágrimas” (78).

La Providencia complació a Núñez en su postrera solicitud de amante: “Lo que yo pido a Dios es que me llame a sí antes que a ella, pues ella puede vivir sin mí aunque llorando, y yo no sabría qué hacer para devorar el tiempo —tan pesado a veces— sin su compañía” (79).

Aunque, en su calidad de miembro de la que llamó “milicia de Dios” (80), esto es de la orden de los caballeros andantes, que “Por Religión y Amor, todo lo emprenden”, más dulcemente consoladora habría sentido a la muerte, si hubiera podido volar a las moradas del perenne gozo en compañía de Soledad, como suspiró en una de sus últimas poesías (*Excelsior*):

*Como abarcan tus ojos lo infinito
del firmamento azul,
en mí reflejan mundos de ilusiones
con infinita luz.*

*Y sospecho las cosas invisibles,
la vida superior,
y en alas del amor imponderables
remontándome voy.*

*Lejos, lejos, muy lejos de la tierra,
como ciclón audaz,
buscando el paraíso que tus ojos
anunciándome están.*

*Déja, déja la forma de alabastro
del limitado ser,
y a la etérea región de los espíritus
sobre mis alas ven.*

¡Qué honda e impresionante similitud la de este canto vespertino de Núñez con aquel, tan justamente loado, de Guillermo Valencia: “Hay un instante del crepúsculo / en que las cosas brillan más...!”. Son los dos, poemas de espiritualidad sustancial, melódica, exaltante y radiosa; inolvidables reflejos de almas superiores; irradiaciones de vidas purificadas

por la meditación, por la fe, por el amor, por el arte; anticipaciones de la beatitud con que, por pecadores que seamos, vivimos soñando los que creemos en que el agua que Jesús nos da a beber, se hace en nosotros fuente que salta hasta la vida eterna (81).

NOTAS DE LA PRIMERA PARTE

(1) Gustavo Otero Muñoz (*Un hombre y una época: la vida azarosa de Rafael Núñez*, Bogotá, 1951), Arturo Abella Rodríguez (*Núñez*, Bogotá, 1945) y otros dan esta fecha. Indalecio Liévano Aguirre (*Rafael Núñez*, Bogotá, 1946) acoge la de 1823. Joaquín Estrada Monsalve (*Núñez, el político y el hombre*, Bogotá, 1946) aclara la confusión: el padre de Núñez, necesitando que Rafael —quien contaba diecinueve años y medio al terminar su carrera profesional—, fuera recibido por el Tribunal de Cartagena como abogado, para lo cual se requería la mayor edad de 21 años, acudió al expediente de declarar perdida la partida de bautismo del hijo y suplirla con la prueba testimonial. Así le encimó los dos años aceptados por Liévano Aguirre.

(2) Otero Muñoz, ob. cit.: pág. 411.

(3) *Poesías de Rafael Núñez*, París, 1889, pág. VIII.

(4) *Poesías de Rafael Núñez*, Bogotá, 1914, pág. XI.

(5) *Historia de la literatura colombiana*, Bogotá, 1946, t. IV, pág. 107.

(6) *Poesías de Rafael Núñez*, Bogotá, 1914, pág. XII.

(7) Id., pág. XXXVIII.

(8) *La vida de Rubén Darío escrita por él mismo*, Barcelona, 1959, pág. 62.

(9) *Obras completas de José Asunción Silva* (Edición del Banco de la República), Bogotá, 1965, págs. 331, 332.

(10) *Selección de escritos de Marco Fidel Suárez* (Ed. al cuidado de José J. Ortega Torres), Bogotá, 1942, pág. 331.

(11) *Obras completas de don Miguel Antonio Caro* (Ed. oficial bajo la dirección de Víctor E. Caro y Antonio Gómez Restrepo), Bogotá, 1923, t. IV, pág. 183.

(12) En *Moisés* (edición de 1914), estrofa 2ª:

*Así, a veces, un hombre en su alma siente
impulso de gloriosa vocación.*

En *Bolívar providencial* (misma edición, pág. 186):

*Fanal que resplandece
sin otro gas o esencia
que inagotable el óleo
de numen que lo incendia.*

N. b. Cuando no se advierta nada en contrario, ha de entenderse que las citas de los poemas de Núñez se refieren a la edición de 1914.

(13) *La langosta*: ib., pág. 128.

(14) *Poesía Psíquica*: ib., pág. 118.

(15) *Poesía Sursum*: ib., pág. 111.

(16) Ib., pág. 74.

(17) Ib., pág. 135.

(18) *Los nombres de Cristo* (*Biblioteca de autores cristianos*), Madrid, 1959, libro primero, pág. 469.

(19) Ib.

(20) *Poesía Libertad*, estrofa 13.

(21) *Ideales*, pág. 139.

- (22) *Sursum*, pág. 111.
- (23) *Leyendo el "Quijote"*, (ib.), pág. 130.
- (24) *La reforma política en Colombia*, ed. de Merchán, pág. 1220.
- (25) *Antecedentes de la constitución de Colombia de 1886*, Bogotá, 1913, pág. 328
- (26) Edición de París, 1889, pág. V.
- (27) En los Nos. 229-230 (Bogotá, 1966), de la magnífica revista *Boletín de programas* del Instituto Nacional de Radio y Televisión, dirigida por Darío Achury Valenzuela, el eminente historiador y crítico Miguel Aguilera, cuenta cómo un canto dedicado por Núñez a su ciudad natal, Cartagena, sin ningún otro propósito que el de la filial ofrenda, se convirtió en 1887, en nuestro Himno Nacional, por la voluntad del pueblo. "Así, pues, nació a la vida ciudadana —afirma Aguilera— el poema sonoro que nos estremece de entusiasmo y nos enciende en coraje cuando sus notas "parten hacia el cielo como una bandada de águilas soberbias", según la vigorosa metáfora del periodista radical Armando Solano. Desde su concepción fue nacional, aunque sus autores nunca sospecharon que lograra esa categoría".
- (28) *Historia de la literatura francesa desde 1789 hasta nuestros días*. B. Aires, 1945, pág. 117.
- (29) *La reforma política en Colombia*, ob. cit., pág. 1187.
- (30) *Ib.*, pág. 1221.
- (30a) Sobre la influencia de Byron en Núñez es muy valioso el estudio *La poesía de Rafael Núñez*, por Alberto Miramón (*Boletín Cultural y Bibliográfico*, vol. VII, N^o 2, 1964, Bogotá).
- (31) *La reforma política*, pág. 1217.
- (32) *Poesías de Rafael Núñez*, ed. de París, pág. X.
- (33) *Ob. cit.*, pág. 113.
- (34) Otero Muñoz, ob. cit., pág. 364.
- (35) *Ob. cit.*, pág. 38.
- (36) *Ob. cit.*, pág. 8.
- (37) *Ob. cit.*, pág. 183.
- (38) *En un álbum*, pág. 158.
- (39) *Que sais je?*, pág. 4.
- (40) *A mi madre*: última estrofa.
- (41) *Ob. cit.*, pág. 100.
- (42) *Ideales*, pág. 136.
- (43) *Nirvana*, pág. 206.
- (44) *Grandeza y decadencia*, pág. 205.
- (45) Poesía que se encuentra solo en la edición de Merchán.
- (46) *Ob. cit.*, pág. 109.
- (47) Cita de Otero Muñoz, ob. cit., pág. 409.
- (48) *Ib.*, pág. 413.
- (49) *Ob. cit.*, pág. 392.
- (50) *Ib.*
- (51) *Ib.*
- (52) *Cenizas*, pág. 97.
- (53) *De viaje*, pág. 100.
- (54) *Ideales*, pág. 133.
- (55) *Sursum*, pág. 111.
- (56) *De viaje*, pág. 102.
- (57) *A Julia*: transcripción de Ortega Torres (*Historia de la literatura colombiana*, Bogotá, 1935, pág. 153).

- (58) *En un álbum*, pág. 99.
 (59) *Cenizas*, pág. 96.
 (60) *La langosta*, pág. 127.
 (61) *Que sais-je?*, pág. 7.
 (62) *Nivelación*, pág. 224.
 (63) *Heloísa*, pág. 36.
 (64) *Eros*, pág. 59.
 (65) *Ausente*, pág. 61.
 (66) *A Soledad R. de Núñez*, pág. 67.
 (67) *Memorias*, pág. 68.
 (68) *Moisés*, pág. 73.
 (69) *La langosta*, pág. 128.
 (70) *Ideales*, pág. 135.
 (71) *In memoriam*, pág. 163.
 (72) *Memorias*, pág. 68.
 (73) *De viaje*, pág. 100.
 (74) Estos dos versos se encuentran en *Urania*, pág. 89, estrofas 2ª y 5ª.
 (75) *Noche de luna*, pág. 151.
 (76) *De viaje*, pág. 101.
 (77) *Memorias*, pág. 68.
 (78) *Lo invisible*, pág. 57.
 (79) *Al pie de un sepulcro*, pág. 174.
 (80) *Espíritu*, pág. 84.
 (81) *La mujer*, pág. 43.
 (82) *A Soledad R. de Núñez*, pág. 64.
 (83) *Libertad*, pág. 148.
 (84) Ob. cit., pág. 331, nota.
 (85) *Sursum*, pág. 112.
 (86) *La mujer*, pág. 38.
 (87) *El oro y el hierro* (edición de Merchán), pág. 34.
 (88) *Leyendo el "Quijote"*, pág. 131.
 (89) *Ideales*, pág. 140.
 (90) *La reforma política*, ob. cit., págs. 1219-1220.
 (91) Ob. cit., pág. 188.
 (92) Contestaba Caro a unas críticas de Sanín Cano contra la poesía de Núñez.
 (93) Ob. cit., pág. 100.
 (94) *Todavía, Que sais-je?*
 (95) Ob. cit., pág. 331.
 (96) *Leyendo el "Quijote"*, pág. 131.
 (97) *A mi madre*, pág. 2.

* * *

NOTAS DE LA SEGUNDA PARTE

- (1) *La Reforma política en Colombia*, pág. 1222.
 (2) Ob. cit., págs. 54-55.
 (3) Esta advertencia la hizo primero el P. José J. Ortega Torres en su muy laudable antología *Poesía colombiana*, Bogotá, 1942, págs. 51.
 (4) *Lo invisible*, estrofa 21.

- (5) *Lo inescrutable*, última estancia.
- (6) Id., estancia 6.
- (7) Cita de Suárez en *Selección de escritos*, ob. cit., pág. 312.
- (8) Lib. III, cap. VII.
- (9) Lib. V, cap. X.
- (10) *Moisés*, estrofa 13.
- (11) V., por ejemplo, el artículo *Existencialismo* en el t. III de la *Enciclopedia de la religión católica* (Dalmau y Jover), Barcelona, 1952.
- (12) *Lo inescrutable*, estancia 1.
- (13) *Historia de la literatura colombiana*, ob. cit., pág. 95.
- (14) Ob. cit., págs. 150-51.
- (15) Cita de Liévano Aguirre en *Rafael Núñez*, ob. cit., pág. 12.
- (16) *Lo inescrutable*, estancia 3.
- (17) *Despedida de la patria*, estrofa 7.
- (18) Liévano Aguirre, ob. cit., pág. 9.
- (19) Id., pág. 12.
- (20) Estrofa 6.
- (21) *Todavía*, estrofa 5. Miramón (estudio cit.) acoge la versión de que *Todavía* se dedicó a Nicolasa Herrera. No comparto tal opinión, porque Núñez se prendó de esta dama, cuando ya estaba casado, lo que no se armoniza con la estrofa que se acaba de recordar.
- (22) Citado por Otero Muñoz, ob. cit., págs. 11 y 12.
- (23) Liévano Aguirre, ob. cit., pág. 68.
- (24) Ob. cit., pág. 97.
- (24) Ob. cit., pág. 97.
- (25) Según Otero Muñoz, ob. cit., pág. 52, Núñez debió de viajar a Liverpool en 1870; y allí permaneció hasta 1874.
- (26) *La Reforma política*, ob. cit., pág. 1223.
- (27) *Leyendo el "Quijote"*, antepenúltima estrofa.
- (28) *De viaje*, estrofa 7.
- (29) Id., estrofa 8.
- (30) *Sursum*, estrofa 1.
- (31) *Ideales*, varias estrofas.
- (32) *Ultra*, estrofa 15.
- (33) *Psiquis*, estrofa 21.
- (34) *Confesiones*, lib. VII, cap. XIII.
- (35) *De la ciudad de Dios*, lib. X, cap. 14.
- (36) *Tratado sobre la naturaleza del bien*, caps. 7 y 38.
- (37) *Sobre el orden*, lib. I, cap. VII.
- (38) Síntesis hecha por la *Enciclopedia de la religión católica*, ob. cit., t. I, artículo *Agustín (San)*.
- (39) Ib. Después de escrito este ensayo, he tenido oportunidad de leer el agudo estudio de Miramón sobre la poesía de Núñez, que he citado anteriormente. En ese estudio encuentro este concepto, concordante con mis puntos de vista: "Mas viene después la segunda época: sereno y maduro, siente el horror del vacío y, como el Santo de Hipona, reúne los dispersos fragmentos y se esfuerza por reedificar el templo de su nuevo ideal en cuya cima el espiritualismo cristiano lució finalmente como un fanal de esperanzas".
- (40) *Véspero*, estrofa 16.
- (41) *Espíritu*, estrofas 10 y 11.
- (42) *Libertad*, penúltima estancia.

- (43) La primera cita es de la edición de Merchán, pág. 1224; la segunda, del ya cit. tomo VIII de la *Biblioteca Popular*, pág. 291, ensayo *La nueva literatura*.
- (44) *De viaje*, varias estrofas; *Sócrates*, estrofa 1.
- (45) *Moisés*, estrofa 8.
- (46) *Lo invisible*, estrofa 11.
- (47) *Salvador*, penúltima estrofa.
- (48) *Panteísmo*, últimos versos.
- (49) *Al pie de un sepulcro*, último verso.
- (50) *Ideales*, últimas estrofas.
- (51) *César*, estrofas 6, 9, 12.
- (52) *Epicteto*, postrera estrofa.
- (53) *Darwin*, últimas estrofas.
- (54) *Ideales*, estrofa 28.
- (55) *Psiquis*, estrofa 17.
- (56) *La mujer*, estrofa 26.
- (57) *Espíritu*, estrofa 16.
- (58) *La reforma política*, ob. cit. pág. 1179.
- (59) Id., pág. 1267.
- (60) Cita de Otero Muñoz, ob. cit., pág. 363.
- (61) Id., pág. 364.
- (62) Ib.
- (63) Liévano Aguirre, ob. cit., págs. 323-324.
- (64) Cita de Liévano Aguirre, ob. cit., pág. 134.
- (65) Ib.
- (66) *Calma*, estrofa 1.
- (67) *Reacción*, estrofa 6.
- (68) *Calma*, varias estrofas.
- (69) Id., estrofa penúltima.
- (70) *Presentimiento*, estrofa 4.
- (71) *De viaje*, estrofa 13.
- (72) *A Soledad R. de Núñez*, estrofa 1.
- (73) *Psiquis*, estrofa 16.
- (74) Id., estrofa última.
- (75) *La reforma política*, ob. cit., pág. 1225.
- (76) *Epicteto*, estrofa 13.
- (77) *Mitología*, última estrofa.
- (78) Otero Muñoz, ob. cit., pág. 405.
- (79) Ib.
- (80) *Leyendo el "Quijote"*, estrofa 19. La cita que sigue es de la estrofa 18 del mismo poema.
- (81) *Nuevo Testamento*, Juan, IV, 14.